

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

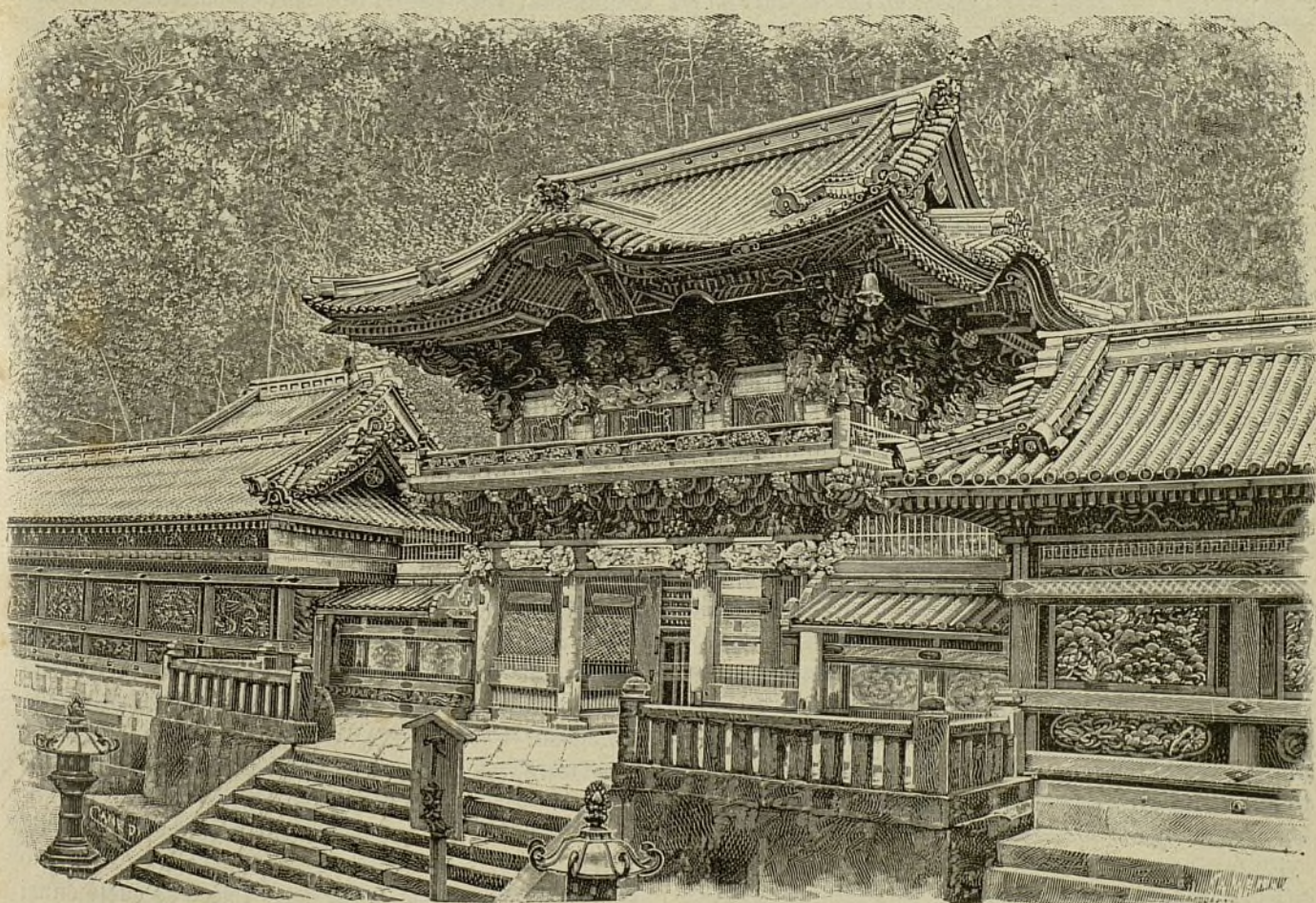
Se publica el 15 de cada mes

Año IX.—Miércoles, 15 Mayo 1901.—N.º 173

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

♦♦ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ♦♦



JAPÓN.—EL YOMEI-MON (PÓRTICO DE YOMEI)

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 108)

SUMARIO

Texto.—CORRESPONDENCIA: Laos Tonkinois.—LAS MISIONES DE LA CHINA.—LOS PIGMEOS: Conclusiones.—UN RECUERDO á los misioneros agustinos que han sucumbido en Filipinas, víctimas del Separatismo y de la Masonería (conclusión).—JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO (Kamakura y Nikko): Ruinas y mausoleos (continuación).—CHINA: Nota curiosa.—BIBLIOGRAFÍA.—SUSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—BARTEK EL VICTORIOSO, cap. IV, novela por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—JAPÓN: El Yomei-Mon (pórtico de Yomei).—CHINA: Misioneros franciscanos españoles expulsados temporalmente del Celeste Imperio por las hordas boxers.—JAPÓN: Altar principal del Sambutsu-do; Piscina, biblioteca y torre de bronce en Nikko; Cuadras del caballo sagrado; Pagoda de Nikko á la entrada del templo de Toshogu; Base del pórtico de Yomei en Nikko.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

LAOS TONKINOIS

LA MISIÓN DE NAMUN

La relación referente á este país el más extremo, el menos conocido de la Indo-China francesa, será leída con interés, pues contiene curiosos detalles que el misionero P. Bourlet remite desde Namun al P. Mollard, director del Seminario de Misiones Extranjeras de París.

Temporalmente debí alejarme de mis cristianos. De nuevo me encuentro entre ellos. ¡Cuán hermosa y qué indecibles encantos encierra mi choza de bambú y el murmurar del torrente que me adormece cuando nacen en el cielo las pálidas estrellas!

Vivo tan á gusto en esta región, que al nacer el día llega á parecerme agradable, armonioso, el monótono golpear de los mazos en los morteros. Pero lo que ha alegrado mi corazón con alegría nueva ha sido el encontrar á mis hijos, cariñosos, fieles cual eran al partir. Supieron mi llegada y presurosos vinieron á visitarme y ofrecerme presentes.

—Largo tiempo hacía, exclamaban, que nos abandonasteis: no veíamos vuestra faz, y la tristeza se apoderó de nuestro corazón. ¿Habéis gozado de salud perfecta? ¿Os sentó bien el agua del Tonkín, etc.?

Y preguntando, preguntando, acordáronse de mi caballo negro, y al decirles que murió durante el viaje de Namun á Hanoi, se entristecieron hasta casi derramar lágrimas. Puedo aseguraros que he sentido inefable alegría. El misionero lo sacrifica todo por Dios, y Dios, infinitamente bueno, se complace regalándole ciento por uno. ¿No es hermoso consuelo verse tiernamente amado de numerosa grey de espirituales hijos?

El domingo, después de la Misa y de rezar la acción de gracias, los cristianos invaden mi casa. Quizás sea esto excesivamente democrático, pero es la costumbre del país, y en la casa del *phagua* entran también sin anunciarse por carta de visita: vienen tranquilamente á sentarse cabe el hogar. Esta conducta me place: vivo

como en familia, y ¿queréis algo más hermoso que la familia? Pero si gozo las alegrías también debo sobre llevar las cargas. Cuando están cómodamente sentados bajo el cobertizo de bambú,

—Padre, dice uno, mi hermano se halla gravemente enfermo; ¿no tendría Vd. algo que lo curara?

—¿Qué tiene tu hermano? para curarle debo saber la enfermedad que padece.

Y el solicitante me da interminables explicaciones, para esclarecer las cuales debo repetidas veces hacer numerosas preguntas: la cuestión acaba sacando del fondo de mi maleta algún maravilloso unguento.

Nadie sería capaz de contar las dosis de quinina, de aguardiente alcanforado y de otras panaceas distribuidas desde que resido en el Laos. Gentes sencillas y pobres, viven siempre solas en los bosques sin límites, y la medicina es arte que desconocen en absoluto: hace algunos años para atajar los progresos de las enfermedades contaban con un solo recurso: sacrificar una gallina, una cabra ó un búfalo al maldito genio causante del mal, para atentamente suplicarle que se marchara.

Hoy que son cristianos, que no pueden creer en el pernicioso influjo de los malos espíritus, ¿de qué medios servirse, qué hacer si el Padre no les prestara su desinteresado concurso?

Varias veces entre mis visitantes se cuentan algunos ancianos. Los años han velado sus ojos.

—Padre, dícenme, somos muy viejos, nuestros ojos apenas ven, y el vestido cae hecho pedazos porque no podemos remendarlo. ¡Ah, si nos atreviéramos! ¡os pediríamos un par de aquellos vidrios que se colocan delante de los ojos y devuelven la vista!

Buscando y rebuscando encuentro en mis cajas los deseados anteojos: el demandante los acoge gozoso, emocionado, los coloca cuidadosamente en la punta de su nariz y son dignos de ser oídos sus gritos y exclamaciones.

—¡Oh! ¡qué bien! ¡qué claridad! ¡cuán distintamente veo! Desde hoy jamás me verán en el templo con los vestidos rotos.

Río gustoso al ver y escuchar la sencillez de estos hombres-niños y valientes: lo que me entristece es no poder contentarlos á todos.

Niños son, en efecto, los Tay y los Laotiens. Escondidos en los bosques inmensos que visten el suelo de su patria, puede decirse que viven fuera del mundo más civilizado de los Annamitas: todo cuanto ven es para ellos cosa nueva y les arranca gritos de sorpresa. La pipa que uso los tiene maravillados: preguntan qué manera la forma, quien supo labrarla, y luego se resuelven á decirme:

—Padre, me gustaría en extremo tener una pipa como ésta.

Al contestarles que no puedo regalársela, déjanla resignados al sitio de donde la tomaron y callan. No debo temer que algún indiscreto curioso se cuele en mi casa y se la apropie; Tays y Laotiens no son ladrones. Puedo dejar una *piastro* encima la mesa, y permitir que numerosos visitantes llenen mi casa: la *piastro* no desaparecerá.

¡Una pipa francesa! ¡qué tesoro para un laotien! La pipa es su inseparable compañera. En invierno, cuando cae constante y pausada la lluvia impidiendo el trabajo en el bosque, siéntase cabe el hogar encendido en medio de la casa de bambús y fuma en pipa de madera, toscamente labrada, y cuando el propietario es rico, hábilmente adornada de filigranas de plata. ¿Viaja? en el saquito que lleva consigo guarda la pipa, y cuando en la orilla de un torrente ó antes de emprender penosa subida se sienta para recobrar fuerzas, saca la pipa, la enciende y mira levantarse el humo, formar jugetón graciosas espirales, y luchar decidido con el aire que lo aplasta, le desvanece y lo mata.

Si dispusiera de pipas de tierra cocida adornadas con fantásticas figuras cada una de ellas, haría feliz á uno de mis cristianos, quien no la abandonaría jamás. Por la mañana, durante el Santo Sacrificio, al que atentamente asiste, colocaría cuidadosamente la pipa en el suelo junto á las rodillas: cuando al anoecer viene á estudiar el Catecismo, la pipa sería su compañera, y si en premio de lo bien que supo la lección el catequista le permite dejar la clase y tomar algún descanso, lo emplearía encendiendo satisfecho la hermosa pipa que fuera su orgullo.

¡Me encanta sentarme en compañía de mis católicos al rededor del encendido hogar y charlar fumando! Hablamos de Europa, de Francia, mi hermosa y querida patria, de los ferrocarriles que corren como el viento, y de los vapores que hienden las aguas cual el aire las águilas reales, y particularmenté de los artísticos y grandiosos templos, de los caritativos cristianos que regalan parte de lo poco ó mucho que poseen al misionero que enseña la fe salvadora al pobre laotien. ¡Cuán dulces, cuán encantadoras son estas horas pasadas en familia!

Por desgracia con sobrada frecuencia viene la tristeza á mezclar algunas gotas de hiel. Con sobrada frecuencia mis ojos se fijan en frentes sombrías. Si pregunto me contestarán lo que presumía: que en su casa se agotó el arroz, y que muchas veces para vencer los terribles dolores del hambre se esfuerzan en conciliar el sueño. La cosecha ha sido mala, y en la montaña completamente perdida.

Es el Laos región sumamente montañosa: apenas si á lo largo de los torrentes se encuentra de vez en cuando no ya una llanura, sino un campo pequeño capaz de ser labrado. Los pueblos que carecen de tierras labrables, y, para vivir, deben desmontar y sembrar en lo desmontado, este año no han cosechado. En Namun son dos los pueblos víctimas del azote.

El año último uno de los pueblos á que aludo había sufrido igual desgracia: ayudé á sus habitantes en la proporción que permitían mis recursos escasos, y comiendo los tubérculos que en el boque crecen, los tiernos retoños de los bambús, las cortezas de los árboles, lograron, padeciendo, resistir los efectos del hambre y esperar la que creían próxima cosecha.

¡Ah! la cosecha no ha venido: en el bosque no se encuentran tubérculos y los bambús tardarán días, muchos días en nacer. ¿Qué comerán este año mis queridos desgraciados? Nada tengo, y necesito al menos un puñado de arroz que los libre de la muerte...

¡Cuántas veces henchida de tristeza el alma, me acordé del maravilloso pájaro que, según afirman los poetas, después de recorrer en vano la inmensa superficie de los mares, vuelve al caer la tarde cansado de pasear su mirada soñadora y sombría por el horizonte sin pájaros ni insectos, vuelve al nido y rasgándose el pecho con su pico de hierro distribuye las entrañas á sus hambrientos hijos... ¡Y tengo envidia del poder del pájaro!

LAS MISIONES DE LA CHINA

Gustosos publicamos en *Las Misiones Católicas*, y recomendamos á todos los lectores, la siguiente súplica y memorial de horrores que á nuestras manos pone un misionero español, el reverendo P. José M.^a Vila, franciscano (*véase el grabado de la pag. 101*), que por espacio de largos años ha venido trabajando en China por la conversión de aquel desgraciado Imperio, y hoy viene á España en busca de recursos para regresar al Celeste Imperio á proseguir su empresa santa.

RESPETABLES Y CARITATIVOS SEÑORES:

El abajo firmado, Religioso Franciscano y misionero de la China, viene por primera vez á implorar vuestra nunca desmentida caridad para sus hijos espirituales, quienes lo han perdido todo por haber sido fieles adoradores del Crucificado.

El mérito de esta doble obra de misericordia se deja entrever, considerando las necesidades corporales y espirituales de los cristianos que lograron escapar de la muerte. Testigo presencial (á escondidas de los enemigos) del completo exterminio de setenta y dos pueblos, habitados por más de cinco mil cristianos que estaban á mi cargo, doscientos de los cuales cuando les abandoné viniendo á España, mi patria, en busca de recursos para alimentarles, habían dado la vida por Jesucristo; al recordar tantos crímenes y desgracias siento que mis ojos se llenan de lágrimas de dolor.

Dos años hace, que las sectas revolucionarias chinas han jurado exterminar europeos y cristianos, secuaces de los misioneros, y tanto he sufrido, tanto he visto sufrir, que repetidas veces sentíme casi fuera de mí al verme impotente para remediar los males que torturaron y torturan á mis pobres cristianos.

Sólo la resignación y confianza en Dios, que de los males saca bienes, y la piedad de los españoles mis compatriotas, pueden ser lenitivo para mis penas.

Por no dejar mis ovejas sin pastor, y animarlas á resistir valerosas la persecución, he tenido que ir (ó en carruaje completamente cerrado ó durante la noche) de pueblo en pueblo administrando los Santos Sacramentos, animando á combatir con intrepidez las asechanzas de los enemigos. Cumplía con tan sagrada obligación, y diariamente llegaban cristianos de diversos puntos de la provincia, con noticias las más tristes y desgraciadas del exterminio y destrucción de las iglesias y casas de los pobres cristianos, de los cuales muchos sucumbieron víctimas del incendio ó acuchillados por los enemigos de Cristo. El oír el llanto de los pobres cristianos y vernos imposibilitados de remediar su dolor, por estar nosotros en peligro continuo de la vida, laceraba el paternal corazón del misionero, quien si no hubiera

sido por el amor que profesaba y le profesaban los cristianos, no se hubiera privado de la gloria del martirio que juzgaba segura.

Destruídas sus casas y robados sus bienes, debieron los pobres ir de puerta en puerta á pedir limosna, sin embargo de ser muchos de ellos ricos y bien acomodados. Al principio los paganos ignoraban fuesen cristianos, pero después lo preguntaban á cada mendigo, y si respondían que eran cristianos eran apaleados ó denunciados, y si siéndolo lo negaban, se hacían apóstatas. Para obviar tantas dificultades ¿qué hacer? Por ahora tenemos más de diez mil cristianos en un asilo, en donde les damos de comer, esperando vengan días mejores. Hace ya cuatro meses que están reunidos allí, y aunque pasan la vida de manera la más parca, no comiendo más de media libra de arroz ó mijo por persona al día, sin embargo, si no recibimos socorros, nos veremos precisados á echarlos fuera por no tener con que alimentarlos, quedando en un peligro inminente de apostasía: así me lo escribe nuestro Vicario apostólico. En vuestras manos, pues, está la salvación de estos pobres infelices...

Otro hecho desgarrar el corazón del misionero, y es que, obedeciendo nosotros á las órdenes del gobernador, que fingiendo amistad decía quería salvarnos y salvar á nuestros cristianos, nos dejamos vencer de sus buenas promesas, y partimos acompañados de sus soldados al puerto en donde estaba la escuadra internacional. Mas ¡oh astucia china! Aun no habíamos llegado al puerto de salvación, cuando supimos que el mismo gobernador había tomado posesión del Seminario y orfanotrofio, dispersando á los seminaristas y á las huérfanas, que eran más de trescientas. Muchas de éstas, sin refugio, han muerto ó han sido asesinadas, y otras, las más hermosas, se las quedaron para venderlas; mas como nadie las ha querido comprar por temor de las reclamaciones de los europeos, nos las han ofrecido por cinco pesetas cada una.

En vuestras manos, católicos lectores, está el sacarlas de este penoso cautiverio y ganarlas para Dios.

La residencia del Vicario apostólico, Seminario y orfanotrofio, espaciosos y buenos, todo está en poder de los soldados del Gobierno.

Además de estas obras de caridad, en que empleamos las limosnas que nos son otorgadas, otra hay mucho más provechosa para todo corazón cristiano, y es la salvación de tantas criaturas que mediante pequeño óbolo se pueden mandar al cielo; para esto tenemos médicos y mediquillas que recorren los pueblos y los arrabales de las ciudades, provistos de medicamentos europeos que les proporcionamos, y al encontrar infantes abandonados ó cuando los presentan los parientes, los bautizan en el artículo de la muerte, y si no mueren, son recogidos para el orfanotrofio: para eso pagamos á los andadores una peseta por cada bautismo, que abonamos después de haber de manera fehaciente constatado el día y la familia de la criatura bautizada: á estos infantes, por concesión pontificia, se les pone el nombre de la persona que ha dado la limosna, siendo padrino ó madrina, ó más bien padre ó madre espiritual de aquella criatura. Y si como dice el Doctor de la Iglesia San Agustín, quien salva un alma salvará la suya, se de-

duce que cuantos contribuyan con una peseta dada por tan santo fin, contribuirán á salvar su propia alma. De los ahijados que da Dios, mediante la limosna, muchos mueren antes de llegar al uso de razón, teniendo entonces quien ha dado lo indispensable para bautizarle, un protector muy valioso delante de Dios.

Por eso los que contribuyan con limosnas harán el favor de dar sus nombres, principalmente el de pila, no para publicar, sino para que sepan mis cristianos por quiénes deben rogar á Dios, y para poner el nombre á sus nuevos ahijados.

Espero en Dios y la Virgen María, de quien los chinos cristianos son devotísimos, que no será defraudada mi humilde petición, ni desvanecidas mis esperanzas.

P. JOSÉ M.^a VILA, O. M.

Para recoger limosnas cuenta dicho Padre misionero con las debidas licencias y recomendaciones de Roma y de los Obispos y superiores regulares del lugar donde se encuentra.

A cuantos contribuyan con limosnas de alguna importancia regalará el misionero un sencillo recuerdo de Tierra Santa.

Las limosnas deben dirigirse, haciendo constar el fin para el cual van destinadas, á la Redacción de *Las Misiones Católicas* (edición española) Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona.

LOS PIGMEOS

POR EL ILUSTRÍSIMO LE ROY

NEGRILLOS DEL AFRICA Y NEGRITOS DEL ASIA

Conclusiones

Llegados al fin del presente estudio, cuyos límites exceden en mucho de los que en un principio me propuse, falta sólo reunir las conclusiones que de él creo se deducen lógicamente. Breve será el resumen, y no olvidaré que si algunas conclusiones se imponen á nuestra imparcialidad, otras deben concretarse á simples indicaciones, pues la carencia de datos concretos les priva del carácter de certeza. El lector sabrá con facilidad distinguir las unas de las otras.

1.—Afirmamos que: los actuales *Negrillos* y *Negritos* son los descendientes ó continuadores de los *Pigmeos*, raza conocida de los antiguos pueblos. Ciertamente que la fábula y la poesía vistieron la historia con brillantes imaginaciones: los escasos medios de información de que disponían las gentes de tan remotas edades, permitían exagerar y embellecer; era tiempo favorable á los viajeros amantes de las descripciones sorprendentes y fabulosas, á los que podía en cierta manera aplicarse lo de

el mentir de las estrellas
es un hermoso mentir.

El caso es que la raza de los hombrecillos existía, pues la encontraron. Existía, y todo nos induce á creer que había sufrido menos cruzamientos, que era más pura, y en consecuencia más enana... Posible es que

los grupos de los antiguos conocidos hayan en la actualidad desaparecido, y nosotros conozcamos á sus hermanos. De la afirmación general de los combates del *Pigmeo* con las grullas ¿no nos explican la razón las cacerías de avestruces y otras grandes aves á que se entregan, aun hoy, los negrillos de varias regiones africanas? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los *Pigmeos* existían y existen, y es notabilísima la conservación de esta raza á través de los siglos, en tan lejanos y variados países, siendo tan precarias las condiciones de su existencia, y cuando, en apariencia al menos, todo debía contribuir á su extinción.

raza negra en Africa; la amarilla en Asia, y la blanca en la colonia del Cabo, donde los mestizos, hijos de padre holandés (boer) y de madre *san*, distínguense por su robustez, relativa belleza y la blancura de su piel.

Además cuantos opinan que es excesiva la diferencia que separa el blanco del negro y á éste del Negrillo, para que sean de la misma especie, sólo se fijan en la forma exterior. Plantas y animales, que al fin y al cabo forman con nosotros parte de la misma creación, y como nosotros nacen, crecen y se reproducen por la misma serie de fenómenos, están separados por diferencias



CHINA.—MISIONEROS FRANCISCANOS ESPAÑOLES EXPULSADOS TEMPORALMENTE DEL CELESTE IMPERIO POR LAS HORDAS BOXERS (Pág. 99)

2.—El *Pigmeo* existe reducido á las proporciones que nos son conocidas. Existe y es un hombre como los demás hombres: de modo que cuantos soñaron descubrir en él un lazo de unión entre el hombre y la bestia, deben de nuevo empezar su campaña, seguir andando y buscando, pues hasta hoy... la realidad se complace en desmentir sus asertos.

Esta variedad ó raza no está circunscrita á tal región ó comarca, lo cual quizás pudiera hacer sospechar un nuevo centro de creación: se las encuentra en Africa, en Asia, en Oceanía (posible es hayan existido en Europa), en islas y continentes, al centro del desierto ó en el corazón de los bosques inmensos: viven, se reproducen, se multiplican en los climas más diversos y en los países todos.

Pero no sólo se reproduce y se perpetúa, sino que puede cruzarse y se cruza con las demás razas humanas, y los mestizos de tales cruzamientos nacidos se reproducen, se perpetúan y á su vez son origen de sub-variedades: los negrillos secundarios y terciarios. La experiencia de los cruzamientos es sobradamente vulgar para que puedan juzgarse sus efectos. El *Pigmeo* se ha cruzado con las tres grandes razas humanas: la

incomparablemente mayores que el hombre. ¡Cuán múltiples razas de palomos, de perros, de caballos! Y si el pequeño Koa de los bosques del Gabón se parece poco al tambor mayor de la guardia republicana, menos se parece el minúsculo *King's Charles*, que entre sus brazos guardan solícitas las damas del gran mundo, al alto lebre ó al soberbio perro danés. Y sin embargo, descienden del mismo tipo perruno ó si se quiere chacal... En efecto, el entrecruzamiento de caracteres es tal, que uno que parecía exclusivo de un individuo ó de un grupo, se encuentra en otros individuos y otros grupos, los cuales ningún parentesco tienen con los primeros: ejemplo, el color de la piel, la configuración del cráneo, el cabello, etc. De manera que del Negrillo más deforme podemos remontarnos al más perfecto aria, pasando del uno al otro por gradación apenas sensible.

El hombre es algo, es mucho más que la forma exterior: precisamente por la forma exterior es por lo que el hombre es menos hombre. Lo que le constituye tal es el conjunto de las facultades especiales: la inteligencia propiamente dicha, la moralidad y la religiosidad que viven en el alma. Y, pues, como indica M. de Quatrefages, el movimiento voluntario caracteriza al

reino animal, estos atributos especiales caracterizan otro reino, el *reino humano*.

El reino comprende la *especie*, que definiremos diciendo: «es el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí que descienden ó pueden ser considerados como descendientes de una pareja primitiva única, por no interrumpida y natural sucesión de familias.» Tal es la especie humana.

A su vez la *especie* engendra la *variedad*: «un individuo ó un conjunto de individuos pertenecientes á la misma generación sexual, que se distinguen de otros representantes de la misma especie por uno ó varios caracteres excepcionales.» Tales fueron los padres de los Negrillos que originaron la raza.

Raza: el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que recibieron y transmiten, por generación sexual, los caracteres de la *variedad*. Tales son los Negrillos y los Negritos.

3.—El hombre, como es natural, se muestra por todas partes y bajo las formas exteriores, lo que es: un espíritu injertado en una bestia que espiritualiza más ó menos.

Pero el exterior y el interior no se desarrollan de manera normal, uniforme y constante, para progresivamente llegar al tipo académico por nosotros preconcebido: puede haber y así sucede, exceso ó defecto de desarrollo no sólo en cada individuo, sino también en cada raza, y esto es lo que distingue los individuos y las razas.

Estas parecen superiores ó inferiores según en grado menor ó mayor muestren los caracteres infantiles en su triple aspecto físico, intelectual y moral. El blanco no cesa de desarrollarse fisiológica é intelectualmente, de manera casi normal hasta avanzada edad: el amarillo se detiene á mitad de su marcha, y parece que ni la barba tuvo tiempo de crecerle: el Negro, alto de talle y de formas atléticas, tiene inteligencia y carácter de niño: finalmente el Negrillo exagera esta disposición, y si el Negro es inferior al amarillo y al blanco, el Negrillo es por varios caracteres inferior al Negro.

Afirmase que el desarrollo intelectual es contrarrestado, al llegar á la pubertad, por el predominio de los apetitos inferiores. Esta afirmación no es, en absoluto, exacta: lo exacto es que en cada hombre se observa una progresiva suspensión de desarrollo, que en el Negro se manifiesta antes que en el blanco, y especialmente que en el blanco de Europa.

El escaso desarrollo de determinados miembros, y el desarrollo excesivo de otros, es lo que constituye el tipo negrillo.

Corto el talle; cortas las piernas; muy delgados los tobillos; el antebrazo relativamente largo contribuye á que parezca más delgado de lo que es en realidad; el vientre grande, abultado cual el de los niños. La cabeza, que alcanza desarrollo normal, resulta excesivamente grande para aquel cuerpo pequeño; el exagerado prognatismo caracteriza sus mandíbulas salientes; las cejas, muy pobladas si las comparamos á las del blanco, nos lo parecerán poco al compararlas á las del Negro. Su cabello á rizos pequeños cual granos de pimienta, es una exageración del cabello lanoso, de igual manera que el cabello rizado es exageración de los bucles del

cabello de los europeos, y éste lo es del cabello liso de los anamitas, del cual es á su vez máxima exageración el cabello recto, duro y fuerte de los Mongoles... Del color nos ocupamos extensamente: según la mayor ó menor cantidad ó la fuerza colorante del pigmento, el hombre pasa del amarillo subido al amarillo, al amarillo claro y al blanco, ó del rojo obscuro al moreno, al moreno subido y al negro...

4.—El tipo negrillo puro ocupa los últimos peldaños en la escalera de la humana belleza. Carece de pueblos, de plantaciones ó cultivos, de educación, de organización política tal como nosotros la entendemos, en una palabra, carecen de todo ó casi de todo cuanto designamos con la elástica y con frecuencia, quizás excesiva, usada palabra de civilización: así se nos muestra esta raza, y así vive hace siglos y siglos. Bastan los enumerados títulos para que interese estudiarla.

5.—Existe una escuela que afirma que el hombre, sea de la raza que fuere, surge siempre del embrutecimiento casi bestial, y efecto de un progreso continuo, necesario, indefinido, se eleva á una civilización cada vez más perfecta. Es una teoría, pero lo peor para ella es que numerosos hechos la contradicen.

Ejemplo: los hombrecillos que nos ocupan: como nos los describían hace veinte ó treinta siglos existen en la actualidad, siempre cazadores, siempre nómadas, siempre sin ciudades, sin armas, sin elecciones, sin academias, sin teatros, sin vestidos...

¿Por qué? El hombre no debe avanzar uniformemente cual locomotora que puesta en marcha no puede abandonar la vía. El hombre no es una máquina; según los grados de su inteligencia, las necesidades particulares que experimenta, los pueblos que le rodean, el país que habita, las desgracias que lo hieren ó los halagos de la fortuna, avanza ó retrocede, crece ó disminuye, progresa ó queda estacionario. En la actualidad existen blancos que son verdaderos salvajes, y Negros que visiten con elegancia, hablan correctamente varios idiomas, y son abogados, médicos, oficiales ó presidentes de República.

En general puede decirse que el agente más activo del material progreso es la necesidad: necesidad de comer, necesidad de vivir, de aprovisionarse, de albergarse, de vestirse: á éstas sucede el deseo de lo superfluo, el de gozar, y el muy lícito de legar á los hijos ó herederos una posición igual ó superior á la por nosotros disfrutada.

Estos deseos apenas alientan en el corazón del hombre que puebla una región, en la cual no debe temer para sí ni para su familia el frío, ni el hambre, ni el incierto mañana. La población suele ser escasa, y la tierra no sólo basta á sus habitantes, sino que éstos después de pedirle recursos para su material sustento, dejan que valles, sábanas y montes vivan incultos vestidos de salvaje magnificencia. La ambición ó el genio de un hombre pueden en determinados períodos de la historia haber reunido multitudes innumerables, dirigirlas y haberles dado vigorosa organización y notable poderío; pero la inteligencia y la voluntad del Negro son tales, que esta prosperidad será ficticia y de escasa duración. Su, cuando poderoso, afición á la tiranía; su desconfianza, envidia, injusticias y la natural mutabili-

dad de su temperamento, que le hace sentir la necesidad de cambiar siempre, serán causa de que pronto, cual niño juguetón, vuelva á practicar cuanto le sugieran sus pueriles aficiones, sus instintos personales.

Cuanto del Negro decimos puede con mayor fundamento afirmarse del Negrillo: es el *niño de los bosques*, apasionado por la vagancia: coloca por encima de los bienes todos la libertad personal; limita sus necesidades á las más estrictamente indispensables; vive contento favorecido por la pródiga naturaleza que le rodea; fuerte contra las inclemencias, parece que extraña fuerza le impulsa, le hace conservar su manera de vivir, y que éste es su *destino*.

6.—Según la citada escuela materialista, todo debe ser proporcional al tipo físico de la raza. Cuanto más inferior éste sea, más inferiores, más rudimentarias serán su civilización, industria, lengua, inteligencia, moral y religión; pues todo depende del elemento plástico que compone el humano cuerpo.

Y añaden: «¡Cuántos son los hombres que se asemejan á los animales, y muestran repetidas veces moralidad igual á la de éstos! Los Fuegien, los Bochimán se mantienen á igual nivel de los que, quizás erróneamente, nos permitimos llamar brutos. Fijándonos en el rudimentario lenguaje articulado que poseen, sería varias veces difícil establecer entre ellos y determinados animales superiores una moral é intelectualmente precisa diferencia (1).»

Al antropologista que, cómodamente sentado en su escritorio, trazara tan interesante retrato del hombre-bruto, una sola contestación debe hacerse: el retrato no se parece ni poco ni mucho á la realidad. En efecto, pueden existir y existen individuos que parecen desconocer hasta la más rudimentaria noción de moral, y estos individuos se encuentran con lamentable y espantosa frecuencia en las sociedades carcomidas por la civilización material y materialista; pero no existe raza alguna que en absoluto desconozca la moral, la cual sin embargo puede ser entendida de manera distinta de la que nosotros la entendemos. Los hombrillos de los bosques africanos, estudiados con solícito empeño, bien conocidos, nos han regalado la sorpresa ya dada por los Negritos de las islas Andaman: habíase afirmado que eran semi-bestias, y resultan superiores á muchos otros pueblos que llamamos civilizados. Causa de ello es su moralidad.

Atendiendo á su inteligencia, vimos dista mucho de ser inferior á la de los pueblos vecinos; pero le dirigen por distinto camino y responde á otras necesidades.

Por lo que al idioma se refiere, hablan como todo el mundo, y cuentan con los términos necesarios para expresar cuanto quieren. Según la precitada teoría, la lengua de los Negrillos debiera pertenecer al grupo de las monosilábicas, que son las más imperfectas ó rudimentarias, y sin embargo es aglutinante y á veces flexible, y tiene sus principios, reglas, modificaciones, belleza y armonía.

Falta la industria. La desconocen, y la razón es obvia: no se aviene con ella su género de vida, y es principio suyo no tenerla...

7.—La cuestión religiosa merece párrafo á parte. Siempre, según la citada escuela, que tengo para mí es devota del fetique evolucionista, Dios es una creación del espíritu humano, y éste es incapaz de remontarse de un vuelo á tan elevada idea: es menester pasar primero por el politeísmo, el cual á su vez supone un estado más rudimentario: «La fase inicial de la concepción religiosa del universo, escribe M. Gerardo de la Rialle, anterior á las concepciones metafísica y positiva ó científica, es el fetiquismo» puro, que excluye toda noción de divinidad (1). ¿Y qué entienden por fetiquismo puro? Es siempre, según el mismo autor, la tendencia á dirigirse á la piedra, al árbol, al animal, pero no al espíritu que podría visitarle (2).

Nos encontramos, pues, con la cuestión de la religión primitiva, y pues la raza que nos ocupa es inferior á todas las demás razas humanas, es oportunidad no despreciable para buscar en los hechos apoyo para esta teoría. Pero, siempre igual desencanto. Estudiamos los negrillos, y vemos que tienen de la Divinidad un conocimiento mucho más claro que otras razas superiores: los negrillos rezan, ofrecen en sacrificio los primeros frutos, tienen los elementos de un culto rudimentario, sencillo, pero real. Y refiriéndonos á este fetiquismo clásico, consistente en la estúpida adoración de una piedra, un árbol ó una bestia sin razón ni motivo, ignoro si existe, pero afirmo que en Africa lo he buscado veinte años sin lograr encontrarlo. Cualquier objeto dotado de carácter religioso debe este carácter á supuesta virtud natural escondida, verdadera ó falsa, á un influjo superior personal y distinto que se lo ha comunicado. Esto caracteriza las estatuitas, llamadas por los europeos fetiques (del portugués *fetisso*, ídolo), que hallamos en la Costa Occidental africana. Pero el caso es que los Negrillos desconocen estos ídolos, desconocen las prácticas inmorales, los ritos infames, las escandalosas leyendas de extrañas divinidades, y en esto son superiores no sólo á las tribus que los rodean, sino también á los griegos y romanos de antiguos tiempos, y á los actuales pueblos de la India y de la China.

Y no es un hecho aislado: lo mismo enseña el estudio de los mincopies de las Andamans, de los ainos del Japón, y de otras pequeñas razas del Asia y de las islas oceánicas.

¿Por qué? quizás por la menor viveza de su imaginación, quizás porque viviendo en mayor aislamiento sufren menos las divagaciones é inventos de los extranjeros, y han conservado más íntegramente el culto que practicó la humanidad primitiva.

Sea de ello lo que fuere, examinando imparcial y científicamente la cuestión, hallamos numerosas razones que nos obligan á afirmar, que el hombre en un principio creyó en un Dios personal, de cuya creencia pasó al culto de los muertos y de las fuerzas de la naturaleza, para luego descender al indiferentismo y al materialismo, ó elevarse á la adoración perfecta de la Divinidad conocida.

Y es hecho real que las religiones más irracionales é inmorales pueden existir junto con la más avanzada

(1) Gerard de Rialle, *La Mythologie comparée*, p. 59.

(1) G. de Rialle, *La Mythologie comparée*, p. 2.

(2) Id. id., p. 57.

civilización—ejemplos Grecia y Roma,—y que una civilización materialmente imperfecta puede ir acompañada de una moral pura y elevada religión.

(Se concluirá).

UN RECUERDO

Á LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN SUCUMBIDO EN FILIPINAS, VÍCTIMAS DEL SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA.

(Conclusión)

En el mes de Marzo ó Abril, pues en este punto no me es fiel la memoria, fué traidoramente acometido el pequeño destacamento compuesto de dieciocho hombres al mando de un sargento del 5.º de Cazadores, mientras tomaban café los soldados, siendo todos ellos macheteados, excepto dos que no se encontraban allí, y personas caritativas los escondieron. El sargento quedó mal herido y sucumbió también al día siguiente. El Padre Francisco Renedo estaba revistiéndose para celebrar el santo sacrificio de la Misa, y al oír los tiros y el alboroto salió á la iglesia para calmar y contener á todos, pues la concurrencia de fieles era numerosa por ser domingo: acudió á los gritos de auxilio que daba el pobre sargento, y sin embargo aquellos crueles asesinos respetaron al Religioso, al ministro de la Religión de paz. ¿A quiénes odiaban, pues, los insurrectos, al Religioso ó al castila, como ellos llamaban al español? ¿Por qué, después de la paz de Biac-nga-bató, se han conducido de manera tan distinta? Para mí tiene fácil explicación.

Honda y dolorosa impresión causó en el ánimo bondadoso del P. Renedo esta desgracia, ocurrida en su mismo convento, convertido como casi todos en cuartel. En más de una ocasión dijo que no podía borrar de su imaginación el desgarrador y horripilante cuadro que presencié. ¿Quién le había de decir que había de ser víctima de otro idéntico, ó si se quiere más horrible aún?

Las alternativas de la campaña obligaban en muchas ocasiones á los jefes á movilizar los destacamentos y dejar desguarnecidos los pueblos; pero nuestro P. Renedo no abandonaba nunca el suyo, ya tuviera ó no fuerzas en él, y sereno permaneció en medio de tantos peligros, hasta que vino la celebrada paz de Biac-nga-bató, y retiraron definitivamente de todos los pueblos los referidos destacamentos. El paseo triunfal de los cabecillas insurrectos desde San Miguel hasta Dagupan, fué la marcha fúnebre de nuestro poder y señorío en Filipinas.

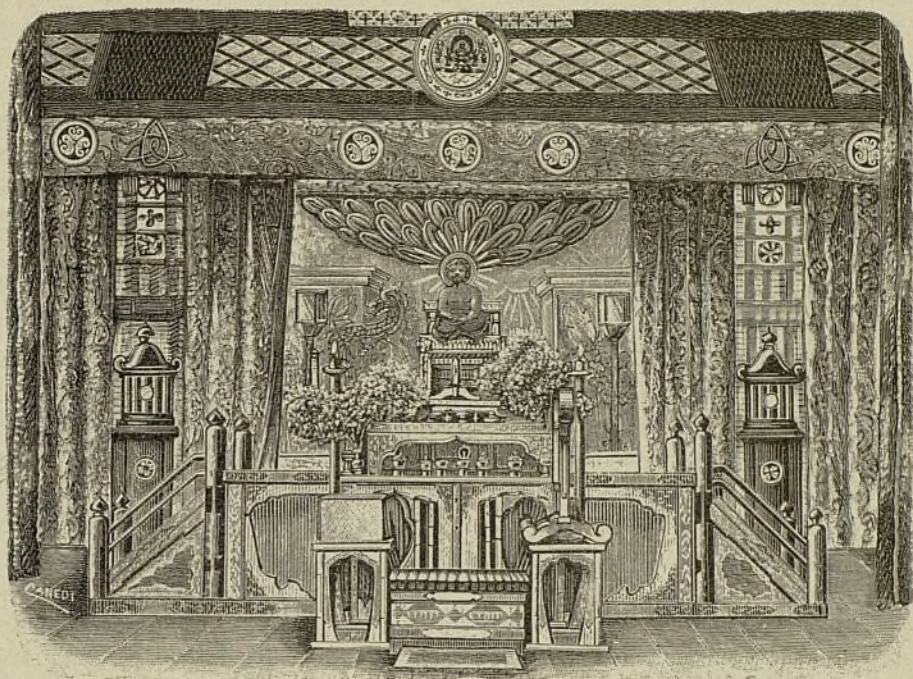
Entonces comenzó la verdadera insurrección. Los presentados á indulto eran los reyes y señores de los pueblos, y ¡ay de los que desconocían y no acataban su autoridad! En el día mismo de la ignominiosa paz de Biac-nga-bató murió la dominación española en Filipinas. Dominábamos, es cierto, nominalmente; pero la dominación real y efectiva era de los insurrectos.

Gentes ignorantes y criadas en la miseria dábanse el tono de personajes y boato de príncipes, luciendo los vistosos trajes que los comisionados españoles de la paz les entregaron. Los que habían sido afectos á la causa de España ó no habían favorecido directamente la insurrección, eran á diario víctimas de los vejámenes, de la rapiña y de la violencia de aquellos foragidos, que de los montes, sus madrigueras, habían bajado á los pueblos como nubes de langosta, ó como manada de lobos hambrientos. Conspiraban contra España á cara descubierta, á la luz del día, y al que no simpatizaba con ellos ó no se afiliaba al Katipunán, lo secuestraban ó asesinaban. En vano clamaron los Religiosos un día y otro día, haciendo presente á las Autoridades españolas los atropellos, las iniquidades que cometían los indultados, y que de seguir así, no quedaría un indio afecto á España. Los gobernadores de provincia, según nos decían, estaban con las manos atadas, y era necesario seguir la política de atracción y miramientos. Nuestra voz, pues, se perdió en el vacío, mejor dicho, no se perdió, fué nuestra sentencia de muerte; porque aquellos taimados comprendieron que el único á quien jamás engañarían era el Religioso, bajo cuyo tosco sayal había un corazón español, incapaz de hacer traición á su patria. Quitándole del medio todo estaba arreglado, y más si contaban con la impunidad. A muchos comentarios se presta el asesinato del R. P. Moisés Santos, y del P. Hipólito Tejedor (1). Todo el mundo señaló con el dedo al autor de estos crímenes, Isidoro Torres, natural de Malolos, *general de cañón* en Biac-nga-bató, presentado á indulto; y sin embargo, los agasajos y distinciones de que fué objeto después de lo ocurrido todos los sabemos. Mejor es no meneallo.

Con esta inseguridad y sobresalto vivíamos los pobres Religiosos en nuestros pueblos, y conociendo como conocíamos el inminente peligro que corríamos, hicimos el sacrificio de nuestras vidas en aras de la Religión y de la patria, permaneciendo en nuestros puestos de honor. ¿Quién ha hecho otro tanto?

El P. Renedo, viendo que para nada podía ya contar con el apoyo de las Autoridades españolas, y en el deseo de aliviar la triste suerte de sus feligreses, llamó á algunos de los principales y más influyentes cabecillas de su pueblo, como Gatmaytán y Enríquez, y revistiéndose de la autoridad de padre, y de la que su sagrado ministerio le daba, les habló á la inteligencia y al corazón, para que apartándose del camino errado que llevaban, se condujesen como buenos cristianos, y obligasen á sus secuaces á no ser el azote de sus mismos paisanos y convecinos. Ellos le dieron buenas palabras y le aseguraron que por su persona no tuviera cuidado alguno, porque todos le querían y respetaban. Conociendo lo solapado é hipócrita que es el indio, no se fió de las buenas palabras de los citados cabecillas, y como centinela avanzado de España redobló su vigilancia, consiguiendo á primeros de Marzo del 98 sorprender la correspondencia de los cabecillas deportados en Hongkong, dirigida á otros de Bulacán y de su mismo pue-

(1) Véase el n.º correspondiente al 1.º de Julio de 1898, donde damos cuenta del asesinato cometido en la persona del P. Moisés Santos. El del P. Hipólito Tejedor lo consignamos en el número de 1.º de Noviembre del mismo año.



JAPON.—ALTAR PRINCIPAL DEL SAMBUTSU-DO

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud. (Pág. 109)

blo. Aquella correspondencia le puso al corriente de lo que tramaban los enemigos de España, y de lo ficticia que había sido la paz hecha con tanto aparato en Biacnga-bató. En ella se animaba á los cabecillas que habían quedado en Filipinas á que siguieran trabajando en favor de la idea separatista; que tuvieran preparadas y dispuestas las armas que habían ocultado, y que animaran á las masas y las alistaran para la *próxima guerra* que iba á estallar. Ellos desde Hong-kong estaban en todo, y volverían cuando ya todo estuviese preparado, etc., etc.

Estas cartas se las manifestó el P. Renedo al entonces gobernador de la provincia y otras Autoridades, y hoy deben de obrar en poder del señor Obispo electo de Jaca P. Valdés, que era párroco de Bulacán. El señor gobernador hubiera hecho algo; pero estaba cohibido por órdenes apremiantes. Y lo más triste y doloroso es que, sin que tan importante descubrimiento surtiese efecto alguno provechoso, la noticia de la denuncia hecha por el P. Renedo, y del secuestro de las cartas por él realizado, se divulgó y llegó á conocimiento del Katipunán. La insurrección entonces sentenció á muerte al P. Renedo por espía del *tiránico Gobierno español*. Este fué el premio que aquí en la tierra obtuvo el patriotismo.

No obstante; con el alma contristada, sí, pero con la satisfacción del deber cumplido, volvió á su pueblo y en él permaneció sereno, á pesar de ver caer uno tras otro á sus colaterales y hermanos de hábito PP. Moisés Santos é Hipólito Tejedor, bajo la infame cuchilla masonica é insurrecta, y sin tener donde volver los atribulados ojos, ni con quien compartir sus penas. Solo, en medio de tantos enemigos, puso su confianza en Dios, y se dispuso á morir por su gloria, por la salvación de sus queridos feligreses y por amor á su querida patria España. Los indios al ver tanta virtud, tanto

heroísmo, no se atrevieron por entonces á sacrificar su víctima, y siguieron, al menos exteriormente, dándole las mismas pruebas de amor y respeto.

Nosotros que por estar más cerca de la cabecera y en roce más inmediato con algunos jefes insurrectos, y por denuncias de personas leales á España y afectas á nosotros, estábamos mejor informados de la tempestad que se avecinaba, siéndonos ya imposible la vida en nuestras parroquias por la altanería é impudencia no sólo de nuestros antiguos enemigos, sino de individuos que hasta entonces nos habían sido fieles y respetuosos, determinamos reconcentrarnos en Bulacán. Así lo hicimos los PP. Leocadio, Vera, Landáburu y un servidor. Allí presenciábamos desde las ventanas del convento la presentación (llamámosla así, por no llamarla farsa) de más de dos mil insurrectos ante el general Monet, y sus protestas de adhesión y amor á España. Los únicos que no asistieron á tan repugnante y ridícula comedia fuimos los Religiosos, que sabíamos lo que aquello representaba. Un cargo más que nos tuvieron en cuenta los insurrectos, al ver que los únicos que conocían sus inicuas tramas y no se dejaban engañar por sus falsas protestas éramos los frailes. Desde este día, hasta en sus miradas notábamos el despecho y el rencor que contra nosotros abrigaban. Habían engañado y alucinado á todos menos al Religioso. ¡Guerra, pues, al Religioso!

Cerca de tres semanas llevábamos en Bulacán, y el P. Renedo continuaba tan tranquilo en su Paombong. En vista de las noticias alarmantes que recibíamos, y de que la tormenta se cernía ya sobre nuestras cabezas, pues el indio no se percataba, y manifestaba con descaro su osadía, que desde la destrucción de nuestra escuadra por los yanquis en aguas de Cavite el 1.º de Mayo, había ido en aumento y rebasado los límites de la solapada prudencia, determinamos pasar un aviso á

nuestro querido hermano y compañero P. Francisco, que considerábamos en inminente peligro, para que fuera á Bulacán, porque teníamos que tratar un asunto de suma importancia. Acudió efectivamente á nuestro llamamiento, y hacia el 20 de Mayo estaba en nuestra compañía. Le impusimos del estado de la provincia, y le pudimos persuadir á que se quedara con nosotros, porque sólo la cabecera ofrecía alguna seguridad por tener algunas tropas españolas, todo el 4.º batallón de Cazadores; y al fin, fuese cualquiera la suerte que Dios nos deparase, juntos la correríamos.

El 27 por la mañana recibió el batallón orden de concentrarse en Manila, dejando sólo en Bulacán los enfermos, la Guardia civil mixta, y unos sesenta soldados más, útiles. El señor gobernador civil D. Vicente Cuervo, que pocos días antes se había hecho cargo del gobierno, fué al convento y nos avisó de lo que ocurría, manifestándonos que la gran insurrección se venía encima á pasos agigantados, por lo que nos rogaba y suplicaba bajásemos á Manila, puesto que sabía el odio que algunos cabecillas nos profesaban por haber sido entusiastas patriotas. En nombre de todos le contesté que como Religiosos y como españoles estaríamos donde la Religión y la patria nos necesitasen, y que no abandonaríamos el sitio de honor, que deseábamos fuese el de mayor peligro. Agradeció mucho nuestro ofrecimiento; pero juzgando inútil nuestro sacrificio, nos reiteró la súplica, y si necesario fuese, dijo, nos lo mandaría, y únicamente aceptó se quedase el párroco P. Felipe Landáburu. En vista de esto nos conformamos, y le dimos palabra de retirarnos aquel mismo día á Manila.

Fuí partidario de bajar en el tren de las doce; pero los demás compañeros por lo intempestivo de la hora determinaron dejarlo para el de la tarde, y así tener tiempo de arreglar algunas cosillas. El P. Vera había bajado en el primer tren de la mañana, é ignoraba lo ocurrido. A las cinco de la tarde, arreglado todo, montamos en el coche los PP. Francisco, Leocadio y un servidor, pues el P. Landáburu quedó con el señor Gobernador y los españoles militares, para en caso necesario prestarles los auxilios de la Religión, y nos dirigimos á la estación de Guiguinto, donde encontramos ya á toda la colonia española, que había recibido la misma orden que nosotros.

Del retraso del tren, de como en su vista fué retirándose casi toda la colonia á Bulacán, y de lo ocurrido hasta el momento de la desgracia, está V. R. enterado por la carta que desde Filipinas dirigí al P. Valdés, como igualmente de la vuelta del P. Vera y de lo que le movió á quedarse con nosotros. Yo no quiero acordarme de los sucesos de aquella fúnebre noche, pues esta es la hora en que, á pesar del tiempo transcurrido, siempre que me vienen á la memoria, se me erizan los cabellos y late con fuerza el corazón. Además, lea V. R. la referida carta, y allí encontrará todos los detalles.

Sólo le diré por lo que hace á nuestro asunto, que al oír los gritos de aquella turba (eran más de doscientos), cuando el jefe dió la señal de acometer y asesinar, el P. Renedo á cuyo lado me encontraba, no le dió la importancia que tenía (le engañaba su bondadoso corazón), y me dijo con una sangre fría admirable: «¡Ahí es-

tán ésos!» últimas palabras que le oí y que repercuten continuamente en mi corazón. V. R. sabe cómo protegí la retirada á una de las habitaciones de la estación á los PP. Vera y nuestro Renedo. En ella los vi cruzarse de brazos, absolverse mutuamente, rezar y esperar serenos la muerte cruel que allí les dieron aquellas furias. En medio de tan trágica y horrorosa situación, no perdió la serenidad que da la tranquilidad de conciencia, y murió como mueren los justos.

Dios no me juzgó digno de acompañar aquella noche á mis hermanos á la gloria, donde firmemente creo están, y por un milagro de su Omnipotencia y por la protección de la Santísima Virgen fui el único de todos los españoles, que en la estación nos encontrábamos, que escapó con vida. Infinitas gracias le sean dadas por tan singular beneficio.

Se me olvidaba decir á V. R. que el P. Renedo preveía la desgracia; pues una hora antes, á las siete y media próximamente, me dijo en vista del gran retraso con que venía el tren, que no estaba allí á gusto, y que por su parte volvería á Bulacán y de allí iría á su pueblo; pues de morir, quería morir entre sus hijos y amados feligreses. Nosotros, por la palabra empeñada al señor Gobernador, le hicimos desistir de semejante idea. Su muerte ocurrió, pues, el 27 de Mayo de 1898, entre ocho y media y nueve de la noche.

Creo haber cumplido mi compromiso con V. R., ofreciendo á la vez un pequeño tributo de amistad y admiración al hermano y al compañero. Tal como á vuelapluma ha salido, así se lo envío, sin corregirlo siquiera, y perdone si nada le he dicho de la inagotable caridad del P. Renedo para con los pobres, ni de su celo por la salvación de las almas, por las que no perdonó trabajo ni sacrificio alguno por penoso que fuera, ni de su amor al estudio, ni de su más que mediano numen poético, ni de sus vastos conocimientos en geografía, á que fué muy aficionado, ni de otras muchísimas cosas, que á no dudar se me hubieran ocurrido de haber meditado algo y pensado lo que iba á escribir. Lo que se refiere á los primeros años de su vida religiosa, lo sé de oídas á sus compañeros y connovicios; de lo perteneciente á sus hechos en Filipinas como misionero y párroco, he sido testigo presencial.

Vea V. R. en qué otra cosa puede servirle su menor hijo Q. B. S. M., *Fr. Francisco M. Girón*.

Hasta aquí la carta mencionada.

No terminaremos este artículo sin añadir á lo dicho las noticias que acerca del levantamiento, conducción á Bulacán, y entierro de los cadáveres del P. Renedo y compañeros de desgracia, nos comunica desde Manila en carta de fecha reciente el P. Felipe Landáburu.

«El día 28 muy temprano salí, dice, camino de la estación de Guiguinto, acompañado del señor capitán de la Guardia civil y algunas fuerzas de tropa, con el fin de recoger los cadáveres y trasladarlos á la cabecera para darles cristiana sepultura.

«Al llegar á la estación, el espectáculo que allí se ofrecía á la vista era tristísimo y desconsolador, y daba idea de la sangrienta tragedia que en la noche anterior se había desarrollado en aquel lugar. La primera víctima que vieron mis ojos fué el Sr. Medina. El cadáver de este señor se encontraba en una cuneta junto á la

estación, tendido sobre un charco de agua y bañado en su propia sangre, casi completamente desnudo y horriblemente mutilado en el pecho y cabeza.

«En el interior de la estación y en una habitación contigua al despacho del jefe, que apenas tendría dos varas en cuadro, se hallaban los cadáveres de los Padres Renedo y Vera, éste acostado de medio lado con el hábito y sin zapatos, presentaba algunas heridas en la espalda, costado derecho y cabeza, pero el cadáver no estaba disforme: el P. Renedo, tendido boca arriba, tocando ligeramente con los pies en el vientre del Padre Vera, con hábito también y sin zapatos, tenía aún más heridas que su compañero, y sobre todo una de bala en la cabeza, tan horrible, que me fué preciso mirar á la marca del hábito para cerciorarme de que aquel era el P. Renedo. Este espectáculo me descompuso de tal modo, que no pude contener las lágrimas, considerando que aún no hacía doce horas, cuando despidiéndonos en el convento de Bulacán, el P. Renedo me decía como en broma, pero un tanto inmutado por lo precipitado del viaje: «Vaya, adiós, Felipe; hasta la eternidad.»

«Las paredes de la habitación donde se encontraban los cadáveres, y la oficina del jefe, estaban salpicadas y marcadas de sangre con las manos de las víctimas, lo que indicaba el horrible martirio de aquellos pobres.

«Después de esto fuí á ver al P. Leocadio, que lo encontré tendido boca arriba y con los brazos en cruz, distante de la estación como unos diez metros, y en la parte contraria á ésta, en la conclusión del talud de la vía. El cadáver del P. Leocadio estaba, como suele decirse, materialmente cosido á puñaladas, aunque no disforme. Reconocidos los cadáveres, mandé aviso al pueblo de Guiguinto con un sacristán de Bulacán que me acompañaba, para que trajesen todas las calandas que hubiera en el convento, y con dos de éstas y un carretón que me proporcionó un antiguo conocido de Guiguinto, pude conseguir trasladar los cadáveres á Bulacán, en donde estaba ya de vuelta á las nueve de aquella mañana. La cuestión de los ataúdes para los cuatro cadáveres fué un problema difícil; pero, gracias á Dios, pudo resolverse, y para las cinco de la tarde de aquel mismo día, después de muchas dificultades, estaban terminados, y en esta misma hora comenzó el entierro. Este se hizo con toda la solemnidad que me fué posible, oficiando yo mismo, acompañado de los dos coadjutores de la parroquia de Bulacán.

«El gobernador de la provincia D. Vicente Cuervo se portó admirablemente conmigo, ayudándome en todo cuanto le fué posible, é interesándose para que asistiese á los funerales toda la colonia española, que lo hizo de muy buen grado, así como todo el elemento militar, y algunos de la principalía de Bulacán; aunque de éstos faltaron la mayor parte, porque, dice, tenían mucho miedo.

«El aspecto que en aquella tarde presentaba la iglesia de Bulacán era de lo más triste y desconsolador: sobre el túmulo aparecían cuatro ataúdes, chorreando aún sangre los cadáveres que en ellos se encerraban: indígenas particulares no había más que unos cuantos curiosos, que se negaron en absoluto á conducir los cadáveres, y gracias á la caridad de D.^a Polonia, única

familia del país que asistió en pleno á los funerales, y consiguió convencer á algunos de aquellos indios, prometiéndoles buena recompensa, pudimos trasladar uno á uno los cadáveres al cementerio. En cuatro nichos convenientemente preparados fueron colocados los cuatro ataúdes, con intención de ponerles una lápida; pero como á los dos días de esto comenzaron los sucesos tan desastrosos para España, y desde esa fecha el Katipunán ha sido quien ha dispuesto de iglesias y cementerios, los ataúdes de los Padres fueron sacados de sus nichos, y hoy no sabemos á punto fijo en qué parte del cementerio han sido colocados.»

Estos son los datos que hemos podido reunir acerca de la vida y muerte del P. Francisco Renedo.

Por la relación que precede puede comprenderse el extremo de ingratitud y de demencia á que los indígenas de Filipinas han sido conducidos por las doctrinas de las logias. Pueblos antes sumisos y respetuosos para con todo lo que llevase la representación de España en cualquier orden, y muy principalmente para con los ministros de la Religión, que habían sido sus padres y maestros no sólo en la fe, sino también en todo género de cultura, reniegan en un momento de su historia y sus tradiciones, olvidan los inmensos beneficios que durante trescientos años han recibido de España, levantan contra ella la bandera de rebelión, y se entregan á toda clase de crímenes y excesos hasta con los mismos sacerdotes del altar. ¿Qué doctrina es ésa que así trastorna los entendimientos y los corazones de los hombres, arrancando de ellos hasta los principios que más hondamente llevan grabados, como son el agradecimiento y el respeto á las cosas y personas sagradas? Si por los frutos se conoce el árbol, la Masonería está ya juzgada ante el tribunal de la conciencia de toda persona sensata. Pronto han tocado aquellos infelices las consecuencias de su desatentada conducta.

Hoy, desvanecidos y muertos los ideales de libertad é independencia, que en un momento de exaltación y de fiebre se forjaron allá en su mente, y amarrados al carro de la esclavitud á que los ha reducido Norte América, lloran inconsolables la pérdida de aquel estado de prosperidad y bienandanza de que gozaron á la sombra del pabellón español, se revuelven impotentes contra los cabecillas ambiciosos que con promesas halagüeñas los sedujeron y fascinaron, y reconocen, aunque tarde, sus pasados errores y extravíos.

Quiera Dios que á través de la profunda crisis que trabaja hoy al pueblo filipino, se mantenga á flote la Religión que con tantos sudores y fatigas han plantado allá nuestros misioneros, porque ella es la única que puede enjugar las lágrimas de aquellos indígenas, consolarlos en su desgracia, y ser la base y principio de su regeneración futura. Que la sangre de los Religiosos con tanta crueldad derramada no pida al cielo venganza para los asesinos, sino perdón é indulgencia por lo presente, y abundantes bendiciones para lo porvenir.

FR. MANUEL DíEZ AGUADO.

Colegio de Padres Agustinos de Novelda (Alicante).

JAPÓN HISTÓRICO Y ARTISTICO

(KAMAKURA Y NIKKO)

RUINAS Y MAUSOLEOS

POR EL RDO. D. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE
MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

NIKKO

SAMBUTSU-DO: EL TEMPLO DE LOS TRES BUDDHAS

El incomparable paseo nos conduce á ancha plaza donde se levantan, cual misteriosa ciudad, una multitud de templos grandes y pequeños, pintados de rojo y de

les líneas, serán diferentes en los detalles, debiéndose las diferencias al influjo del clima, á la manera de ser, al carácter particular de cada pueblo, y en una palabra, á la influencia del medio ambiente. No debe exagerarse esta influencia y afirmar, como determinadas escuelas afirman, que dado un medio ambiente nacerá indefectiblemente tal ó cual arte, pues es innegable que el «hombre puede, contando con feble punto de apoyo, luchar victoriosamente contra las circunstancias. El artista no sufre el influjo de su tiempo, antes al contrario, guía á sus contemporáneos por nuevos caminos que descubren no soñados horizontes. En vez de sujetarse á determinada manera de ser, engendra, vigoriza una tendencia y hace sentir la imperiosa necesidad de dar muerte al sistema antiguo (1).»



JAPON.—PISCINA, BIBLIOTECA Y TORRE DE BRONCE EN NIKKO

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 113)

verde, y sus negras techumbres adornadas con auríferos medallones. Estas pagodas, de magnificencia deslumbradora, parecen echadas al azar entre la lujuriosa naturaleza que las cobija, las viste, y extiende ramas y ramas cuyas hojas en masas enormes de un verde negruzco esconden, á la vista del asombrado viajero, otros templos, artísticas creaciones del potente genio japonés.

La arquitectura religiosa y el arte en general, reflejan el espíritu, las ideas predominantes de cada pueblo. Pero si en varias naciones suponemos un solo pensamiento generador, espontáneo ó asimilado, las obras cuyo nacimiento presidirá, semejantes en sus principa-

La influencia exterior así comprendida, ha originado en las naciones orientales, imbuidas de la idea panteísta, las diferencias accidentales que en los templos observamos. Así vemos sucederse en el decurso de los siglos los hipogeos de la India, las espaciosas pagodas y monumentos funerarios de la China y los templos japoneses.

El Japón á donde llegó el Budhismo de la India por mediación de la China y la Corea, se lo asimiló á su manera, según su genio natural. Su templo es en lo esencial el templo indio ó el chino que imitó, revistiéndolos de carácter propio, enriqueciéndolos con riquísima or-

(1) Taine, por Amadeo de Margerie.

namentación. Por esto los templos entre los que avanzamos, aunque altos y espaciosos, considerados en particular son una joya riquísima, pero pequeña si la comparamos con los monumentos de Madurah, de Tanjur y de Bangalore.

El Japón ha hecho con el arte indio y chino lo que la Grecia con el arte egipcio: ha reproducido las obras maestras reduciéndolas á menores proporciones.

Una de las cosas que en el arte religioso prueba la valía del artista japonés es la decoración, la ornamentación. Derrocha la riqueza y el lujo. Oro, lacas, bron-

puestas; y las riquezas del exterior son nada si las comparamos con las del interior de los templos.

El primero que visitamos se levanta al centro de esta plaza cercada de bosques. Es el *Sambutsu-do*, templo de los tres Budhas (*véase grabado pág. 105*). Para llegar hasta él debe seguirse el bien empedrado paseo de Yoma-naka, que se extiende entre numerosos templos pequeños y sus dependencias. Llégase á magnífico jardín japonés al límite del cual, sobre un terraplén, se levanta el gran templo, cubierto por doble techumbre



JAPON.—CUADRAS DEL CABALLO SAGRADO

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 112)

ces, palabras son que deben repetirse frecuentemente en las descripciones de los templos. Ha prodigado los citados metales y lacas, pero discretamente, con gusto exquisito, nuevo, extraño. En el seno de los bosques de gigantes y sombríos cedros, brillan las artísticas rosas de oro unidas á valiosos bronce, remate de las techumbres ó adorno de las fachadas. De oro son los pequeños monstruos que coronan los *tóro* (linternas budhistas) ó los ángulos de escalonada torrecilla. Los balaustres de los templos están vestidos de lacas negras ó de rojo sanguíneo, y tres siglos han admirado su brillo sin poder apagarlo, con tanto cuidado fueron com-

arqueada, en cuya parte superior, rodeado de heráldico medallones de oro, vese el escudo del Shogun, Tokugawa Iyeyasu, como para recordar que á gloria suya fueron elevadas tantas magnificencias. De cada ángulo de los dos enormes techos cubiertos de ladrillos negros, dispuestos con arte, cuelgan delicadas campanas de oro. En la parte superior y al abrigo de los escalonados techos se extiende un peristilo abierto que permitiría admirar desde el exterior el interior del templo, si no hubieran colgado larga cortina blanca adornada del antiguo medallón de las tres hojas de malva, que por todas partes evoca el recuerdo de Iyeyasu. Las cercas y las

columnas del edificio, pintadas de laca verde ó roja, brillan al beso de la luz. Delante del templo se levantan á la altura del hombre los *toro*, linternas colocadas sobre una columna y cubiertas por bien esculpturados adornos, y detrás, siempre las *cryptomerias* dominándolo, cobijándolo todo con su ramaje gigantesco, que sirve de marco al grandioso cuadro.

Cuando entramos al templo se hallaba desierto. Sólo vimos un anciano bonzo guardián, acurrucado tras su mesita pintada de laca. En el seno de aquella misteriosa semiobscuridad brillaban por todas partes lacas y oro: el artesonado, lo propio en su parte escultural que en la pictórica, está hecho con el más solícito cuidado, y á pesar de los minuciosos detalles, lejos de ser recargado y churrigueresco, resulta de muy buen gusto y sorprendente efecto. En ambos lados se levantan numerosas columnas de *Klaki* blanco. En último término se admira el suntuoso altar del Shaka, precedido de un estrado profusamente enriquecido con minuciosos adornos: en él se levanta artística y reluciente credenza, que sostiene vasos llenos de los mejores perfumes, y macetas llenas de ramos de flores artificiales.

Sentado sobre tanta riqueza se ve la estatua de Budha: rodea su cabeza brillante aureola. A derecha é izquierda cuelgan tapices, cuyos variados colores forman un conjunto armónico. En la parte superior corre larga franja bordada, en la cual descuellan los blasones del vencedor de *Seki-ga hara*.

Hay en este templo otros Budhas más pequeños, pero no menos artísticos y ricos: son dos ídolos, uno la diosa Kwanon, la de los mil brazos, instrumentos de su gran misericordia para con la humanidad; el otro la misma diosa con cabeza de caballo, pues ella también es la protectora de la raza caballar.

Consideradas plásticamente, la mejor de las tres estatuas es la del gran Budha del centro. En aquella cabeza genial, pensadora y de entreabiertos ojos, diríase vive un reflejo de lo ideal; parece sumida en profunda meditación, y estudiar los primeros principios que presiden la tierra.

Si los japoneses, en el cultivo de las artes, en pintura y en arquitectura, no han sido otra cosa que imitadores originales, en escultura resultan copistas ineptos. No han concebido una sola obra que represente al hombre ennoblecido, dignificado, trasluciéndose en su rostro un soplo de lo ideal. La causa la encontramos en la idea que del hombre tiene el Budhismo.

Admiramos en Grecia el hermoso florecer de la escultura, y su origen debe atribuirse al genio de un pueblo que en el hombre divinizado vió el prototipo de lo bello.

El artista japonés, al influjo de la filosofía religiosa importada de China, concibe al hombre como «ser pasivo condenado á vivir y á padecer, cual si fuese tiempo de prueba, antes de entrarse en el *no yo* y de ser absorbido en la esencia universal única que cree eterna. No debe cansarse ni preocuparse; no es él quien debe modificar la faz del mundo: la inteligencia suprema cuida de todo: él debe observar las leyes que promulgue, y tributarle los cultos que exige por boca del emperador.

Esclavo resignado de los poderes divinos y humanos que lo anonadan, encadenado temporalmente á la tierra donde no quedará ni huella de su paso, ¿qué necesidad, qué derecho tiene, criatura efímera, de explicar en lengua inmortal á las venideras generaciones cómo sobrellevó su pesada carga de un día? Puede erigir á sus dioses templos, y palacios á sus emperadores, hijos del cielo; puede labrar imágenes colosales de la divinidad: pero él, el hombre, es indigno de ser representado é inmortalizado en el mármol (1).»

Esta es la causa principal por la cual el artista japonés ha circunscrito sus aptitudes plásticas á labrar figuras deformes sin músculos, sin brazos, que por sus proporciones parecen monstruos y no hombres. No ha sabido idealizar sus divinidades. Se complace representándolas gruesas, abultado el vientre, perfectas caricaturas. La estatua de Budha es una de las figuras de esta galería de cómicas divinidades, y el tipo del Dai-butsu que ha sido reproducido millares de veces en la misma forma y postura, no es de origen japonés. Importado de la India, patria del Budhismo, ha sido reproducido sin perfeccionarlo ni revestirlo de originalidad.

El destello de lo ideal que admiramos en los Budhas japoneses, no es obra de los artistas nippons: para encontrar su origen debemos remontarnos al hogar panteísta, la India, donde fué creado este prototipo que ha invadido el Asia.

Esta masa de bronce deja en el ánimo del visitante impresión de frialdad é indiferencia. Los ojos casi cerrados, la desdeñosa expresión del rostro, la cabeza al parecer absorta en interior contemplación, un inánimado *no sé qué* hace soñar en el *nirvana*, en la inmovilidad absoluta, inconsciente, en la después de la muerte por los discípulos del Shaka esperada absorción del yo en el ser universal. Es la fría resignación, es la desesperación del hombre anonadado por el poder de la naturaleza, simbolizado por esta figura herética. Budha representa la humanidad sin esperanza, la humanidad víctima de las cadenas de antiguo fatalismo, condenada después de miserable existencia á perderse en la nada.

La santa figura de Cristo Dios, que apenas me atrevo á traer cabe esta obra de locura humana, ¿no es incomparablemente más hermosa, más atractiva, más simpática á la humanidad? En ella rielan á la par que el ilimitado amor á los hombres, las eternas esperanzas de un feliz más allá: infunde valor, fortaleza, consuelo. Rasga el tenebroso velo que cubría el origen y el fin de la humanidad. Sustituye á la negra desesperación por las más risueñas esperanzas. Dice á el hombre que vive y en consecuencia que sufre: «Vosotros los que padecéis, venid, y os consolaré.»

Elegid el Cristo de Velázquez, ó el que admiramos en las inmortales obras de Miguel Angel ó Rafael, ó los inspirados de Fr. Angélico, y comparadlo con este mastodonte desdeñoso y altivo. Ignoro qué impresión sentiréis. Por mi parte debo deciros que Budha me causa repulsión y rabia. Sus facciones me dicen es un ser criminal que mata la esperanza y respira la muerte brutal, la horrible nada... y la divina figura de Jesucristo

(1) Bousquet, *Le Japon de nos jours*.

despierta en lo más íntimo de mi ser el más grande é inmortal de los amores. Su rostro refleja la bondad. Todo El enseña caridad, vida, esperanza, las delicias inmarcesibles del porvenir feliz. El es la expresión de la bondad y la belleza: Budha una caricatura dañina y grotesca.

MAUSOLEOS: GRUPO 2.^a—MAUSOLEO DE IYEFASU
TO-SHO-GU

El 8, á las dos de la tarde, recorremos de nuevo el magnífico paseo de las Cryptomerias. Dejamos á la derecha el templo de Sambutsudo, y llegamos á no menos grandioso paseo que guía á las maravillas amontonadas para elevar, por encima de la sombría majestad é imponente silencio de los cedros, la tumba del célebre Shogun Tokugawa.

A la entrada del paseo anuncia la proximidad de los grandiosos monumentos un *torii* de piedra de *Mikage* en el frontis del cual, escritas por mano imperial, brillan en letras de oro los cinco caracteres: *To sho dai-gon gen*: título póstumo de Iyeyasu.

Torii es un adorno característico de los templos shintoístas: consiste en dos columnas verticales de madera, piedra ó bronce levantadas á pocos metros de distancia. En la parte superior descansa un travesaño arqueado más largo que la distancia que separa las columnas. Algo más bajo que el arquitrabe hay un travesaño horizontal enclavado en las columnas. Y nada más. ¿Qué origen tiene y qué significa tan extraño adorno?

«El *torii*, dice M. Satow, fué en su origen lugar de descanso para las aves ofrecidas á las dioses, no como alimento, sino para que con sus cantos les anunciaran el renacer de la aurora. Lo construían cerca de los templos. Pasaron años, se propagó el Budhismo, y olvidándose el primitivo objeto lo colocaron á manera de pórtico delante de las fachadas de los templos. En él suelen colgar cartelones (*gaku*). Una de las primeras disposiciones dadas, cuando la restauración imperial, para purificar los templos shintoístas, fué la completa supresión de todos los cartelones. La palabra *torii* etimológicamente significa *lugar de descanso* (para las aves); después llegó á ser tenido como símbolo general del Shintoísmo.»

El que nos ocupa mide nueve metros de alto. Las columnas un metro de diámetro. El travesaño superior (*kata-ishi*) siete metros de largo. Grabado en las columnas se lee el nombre del daimyo que las regaló y la cantera de donde proceden:

«Regaladas al templo de *Nikko san* para ser ofrecidas á To-sho-dai-gon-gen. La piedra de este *torii* procede de Chikusan, y fué labrada en el país: fué llevada hasta este lugar cruzando el mar del Sud.

«Día 27 del mes 4.^o del 4.^o año de *Gen wa* (1620) del caballo y de la tierra sucia.

«El daimyo Kyroda Chikuzen no Kami, Fujiwara no Nagamara.»

A la izquierda, no lejos del *torii*, se levanta pequeña y esbelta pagoda, alta de cinco pisos, labrada con

solicito cuidado. Al rededor de cada piso se admiran en artísticos cuadros los signos del Zodíaco: sobre estos medallones, que encierran quiméricos monstruos, brillan hermosas flores entrelazadas con exquisito gusto. Remata el edificio una flecha: símbolo de la entrada de las almas en la Nirvana. El interior está adornado con sin igual riqueza, y son dignas de especial mención, entre otras, cuatro estatuas doradas de cabellos azules, y las *Nyorai* (Budhas en contemplación).

Los templos de *To-sho-gu* son notables por la mezcla de adornos shintoístas y budhistas. El *torii* de la entrada acompaña siempre al *miya* (templo shinto), y la pagoda no es otra cosa que adorno exclusivo del *tera* (templo budhista). ¿De dónde proviene esta mezcla que observamos por todas partes? Para conocer su origen debemos remontarnos á los primeros tiempos del *Riyobu-shintô*, es decir, á los albores del siglo IX, cuando el célebre bonzo *Kukai*, llamado después de muerto *Kobo-daishi*, enseñaba la por él inventada doctrina de las encarnaciones de Budha, doctrina á la que los dioses del Shintoísmo debieron la entrada en el Panteón búdhico, y que fué origen de la más completa revolución en el culto, en el ornato de los templos y en el arte religioso.

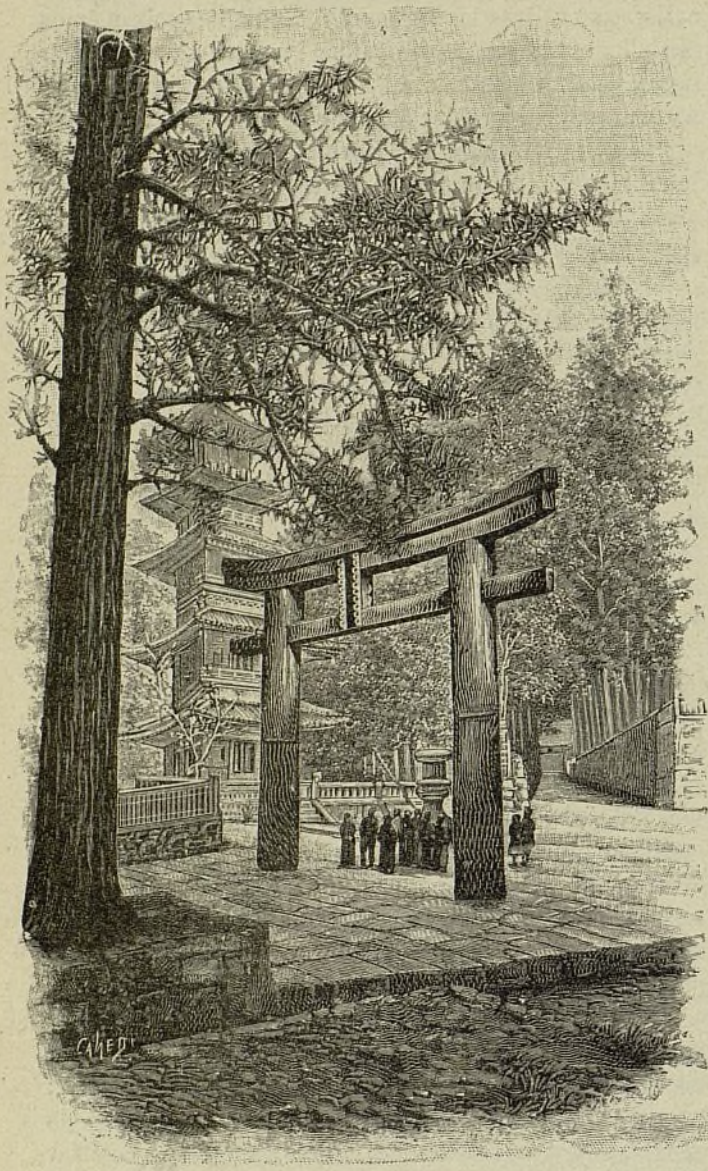
El Budhismo fué introducido en el Japón á principios del siglo VI, y tres siglos no le habían servido para otra cosa que para enseñorearse de las altas esferas: el Mikado, la corte y los principales sacerdotes del Shintoísmo: pero el pueblo, fiel amante de las tradiciones, seguía visitando los *miyas*, y dejaba desiertos los templos de Budha.

Kukai, creyéndose destinado á cumplir providencial misión, intenta hermanar las antiguas tradiciones de los divinos antepasados con los dogmas de la India: lograda la reunión, el pueblo no dudará en aceptar las enseñanzas y los dioses del Budhismo. Para realizar esta obra se prepara estudiando con solicitud el sistema *Tantra* de Yoga-chara, cuyos artículos de fe eran en aquel entonces los más populares en la Asia china.

Kobo-daiishi emprendió un viaje por la China para estudiar en su misma cuna las misteriosas doctrinas del Yoga. Regresó armado para la lucha, y sin pérdida de tiempo emprendió la reforma predicando la nueva religión. Para lograr popularidad afirmaba que la diosa *Toye-Uke-Bime-no-Kami* (diosa de la abundante comida) le había revelado cuanto enseñaba.

«Los dioses shintoístas, dice, son encarnaciones de Budha. Ellas lo manifestaron á los japoneses antes que Gautama llegase á ser el visionario ó la *joya del lotos*, y antes que *Shatra* y *Sutra*, los sagrados, pisaran las islas del Imperio. Para resolver la manera de colocar los dioses futuros y los santos personajes que nacerían de la raza de los Mikados ú otros que debieran ser deificados, puso en labios de Budha las siguientes palabras que copiamos de un libro japonés:

«Determinada está la duración de la vida, y nada «puede aumentarla. Ello demuestra la inestabilidad de «las cosas humanas. Sin embargo, al juzgarlo conveniente, reapareceré de vez en cuando en los años venideros en apariencias de dios (*Kami*, japonés), ó de «sabio (filósofo confucio), ó de Budha (*hotoke*, divinidad «budhista japonesa de origen humano).»



JAPON.—PAGODA DE NIKKŌ Á LA ENTRADA DEL TEMPLO DE TOSHOGU

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud. (Pág. 108)

«En cumplimiento de la palabra empeñada Budha debía, pues, reaparecer bajo todas las formas para que shintoístas, confucianos y budhistas de toda secta pudieran aceptarlo (1).»

Completas sus enseñanzas, *Kabo-daishi* formó catálogos de dioses shintoístas y budhistas, inventó una liturgia, hizo una lista de todas las fiestas populares dándoles otros nombres, multiplicó los adornos de los templos para ver de cautivar los sentidos. Reunió numerosos discípulos, y después de instruirles los envió á predicar su nueva doctrina por todo el imperio.

El *Riyobu Shinto*, es decir, el Budhismo mixto, propagóse á partir de esta fecha con gran rapidez. El pueblo, al ver á sus antiguos dioses honrados con no igualada magnificencia en los templos de Budha, acudió en masa á rendirles culto. Shintoísmo y Budhismo quedaron unidos indisolublemente. La mezcla de dioses, ceremonias, fiestas y doctrinas originó la de los adornos característicos de las religiones en el interior y exterior de los templos. La unión fué completa.

(1) Griffis, *Religions of Japan*.

Esta es la causa por la cual al entrar en el *Toshogu* se ven adornos correspondientes á las dos clases de templos japoneses: el *torii* característico del Shinto, y la pagoda de varios pisos característica de los templos budhísticos.

Llegamos á la primera puerta, conocida con el nombre de *Ni-o-mon*, que en dos nichos laterales guarda un perro león de bronce, pintada la cabeza y la cola de verde y azul obscuro, *can cerberos* que guardan la entrada de los templos shintoístas.

Pasado el pórtico entramos en magnífica plaza donde con profusión se admiran maravillas de escultura, arquitectura y pintura. Y las maravillas aumentan en riqueza y valor artístico hasta llegar á Haiden, santuario donde vive el alma divinizada de Iyeyasu.

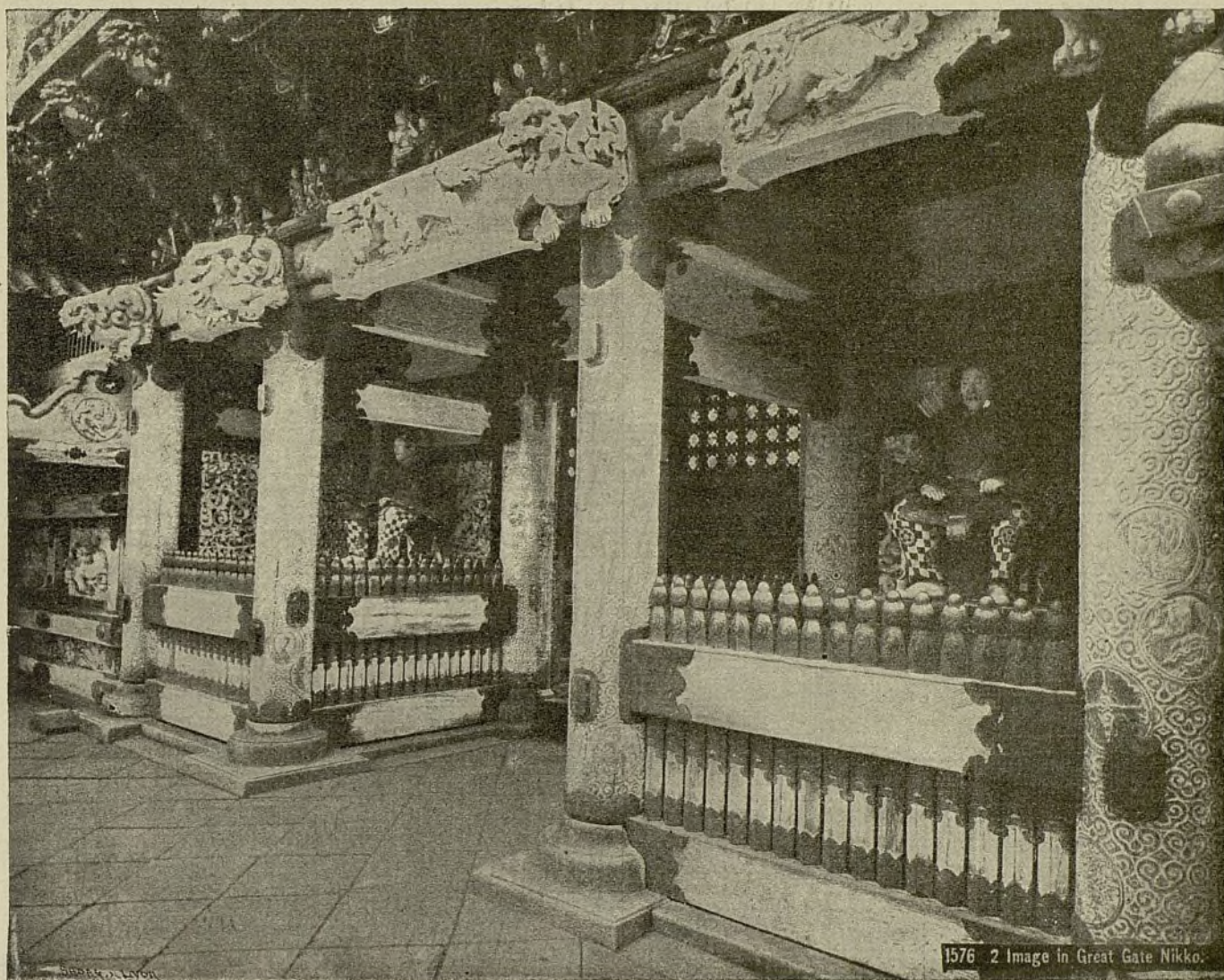
Tres edificios enriquecidos de adornos los más primorosos cautivan la atención. En una de las fachadas vemos largas franjas cuajadas de filigranas y enriquecidas con colores dorados. Bien dibujadas figuras geométricas y artísticas pinturas aumentan el mérito de las puertas: sobre la arquivolta corre una franja de enormes crisantemos blancos y rojos sobre fondo oro. El techado descansa sobre cabezas de elefantes. El edificio central es notable por las pinturas que adornan las columnas. En el tercer edificio son notables dos elefantes, blanco el uno y negro el otro, y las celebradas pinturas del famoso artista *Tanyu*, discípulo de *Kano*, fundador de importante escuela pictórica.

A la izquierda se levanta la cuadra del caballo sagrado construida de madera blanca, edificio no menos hermoso que los demás. (Véase el grabado de la página 109).

Junto al establo sagrado el guía nos muestra un abeto, conocido de los japoneses con el nombre de *Kogamaki* (*sciadopitys verticillata*). Lo rodean un círculo de piedras. Cuenta la tradición que hace tres siglos lo plantó Iyeyasu.

Avanzando por el paseo umbrío llegamos al lugar donde se levanta grandioso *torii* de bronce. Entre las negras y dentelladas hojas de los *sugis* eleva sus dos columnas enormes que parecen desafiar los siglos, y en los travesaños superiores siempre resplandecen los medallones de oro que contienen las tres hojas de malva, los cuales vense por todas partes entre estas innumerables magnificencias, con el fin, quizás, de que nadie olvide al inmortal fundador de la dinastía de los *Tokugawa*, á quien estas riquezas están consagradas. Al lado del colosal *torii* ó lugar de descanso para las aves, se encuentra la piscina de las abluciones, hecha de una piedra enorme extraída de las canteras de Mikage, piedra que mide ocho piés y medio de altura. El pabellón que la cubre es una joya. Los bajos relieves de la fachada superior, donde vuelan dragones sobre encrespadas olas, son de extremada finura.

Al lado de la piscina se encuentra la *Kyozo* (biblioteca), pequeña pagoda de dos pisos. De los ángulos de la doble techumbre cuelgan campanas de oro. El interior es imponderable tesoro de pinturas, esculturas, luces y orfebrería. Guarda encerrados en riquísimos muebles los manuscritos budhísticos. Rodean este templo



JAPON.—BASE DEL PÓRTICO DE YOMEI EN NIKKO

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 108)

pequeños faros de granito. (Vease el grabado de la pág. 108).

Pasamos rápidamente por delante de estos monumentos, cuyas bellezas para ser debidamente admiradas exigirían largo tiempo y detenido estudio: subimos una escalera á ambos lados de la cual se levantan numerosos *toro*, linternas *ex-votos*, de piedra ó bronce, y entramos en nueva plaza donde nos esperan otras maravillas.

Cuantas bellezas hemos visto extenderse ante nuestros ojos, sólo han sido preludio, por decirlo así, del espectáculo maravilloso en toda la extensión de la palabra que se nos ofrece al entrar en la nueva plaza.

Cobijado por cedros tres veces seculares, nos sorprende y admira un podemos llamarle riquísimo museo de arte no imaginado. A derecha é izquierda kioscos los más originales y de exquisito gusto, cubiertos por techumbres complicadas y relucientes, guardan raros presentes protegidos por doradas puertas, sobre y al rededor de los cuales lacas, que sirven de fondo y marco á dragones y monstruos, brillan y contribuyen á

realzar los valiosos blasones de los Tokugana. Al rededor de la plaza se levantan numerosos faroles *ex-votos*, semejantes á los vistos anteriormente, hechos de piedra ó bronce y vestidos de musgos seculares.

Esta plaza podría llamarse plaza de los presentes, pues en ella se guardan los principales de los ofrecidos á la memoria del gran Tokugawa por los mas distinguidos daimyos japoneses, por el emperador de Corea y por el rey de Holanda.

Los *toros*, en número de ciento dieciocho, fueron regalados como muestra de admiración y homenaje por los daimyos de las principales provincias del imperio japonés. Son notables por su valor material y artístico las dos linternas ofrecidas por el príncipe de Sendai, Dato-Massamune.

El techo suntuoso del kiosco de la derecha, cuyos ángulos adornan cabeza, de elefante, fundidas en bronce, cobija la campana que regaló el rey de Corea.

Se lee la curiosa inscripción que copio:

«Enviada á Nikko para ser ofrecida á *To-sio-dai-gon-gen*.

«*To sio-dai gon-gen* tiene mérito sin igual y sabiduría inconmensurable, es héroe que á nadie puede ser comparado y cuyo elogio los hombres no son capaces de hacer. Ha practicado el amor filial y atesora tantos méritos que nuestro rey se alegra cuando del héroe le hablan. Esta es la razón por la cual después de mandar fundir esta campana la ofrece á la venerada montaña (Nikko).

«Y yo, por mandato del rey he hecho inscribir lo siguiente:

«Sabiendo que se tributan honores al venerado templo de Nikko, y que abundan los presentes de preciosos metales, quiero, también yo, ofrecer mi tributo de adoración. Que esta campana suene como la voz del león y de la ballena y ahuyente los genios perniciosos. Que vuestro imperio (el Japón) viva siempre próspero y glorioso (1).»

Solo, al aire libre, un candelabro cuya altura mide más de tres metros, regalo de los habitantes de la isla Riu-Kiu, levanta la triple hilera de sus artísticos brazos que sostienen numerosas luces. Seis extraños largartos atados á la base del candelabro aunan sus esfuerzos para sostenerlo.

Al Este y distante pocos metros vese rico pórtico de doble piso que guarda una campana mayor que la precedente. El reluciente techo es de cobre dorado, y los ángulos que avaloran múltiples adornos son de oro puro.

(Se continuará).

CHINA

NOTA CURIOSA

El periódico *Min-pau* de Fu-chiu, copiándolo del *Tun-en* de Xang-hai, en su número del sábado 15 de Septiembre, trae un dato curioso sobre la causa que movió á la vieja Emperatriz á degollar á los dos grandes mandarines Hy-chu-guin y Yuen-suan-tzieu.

Dice, pues, dicho periódico, que cuando el Gobierno chino se declaró abiertamente contra todo lo extranjero, mandó poner un telegrama secreto á todos los virreyes y gobernadores, ordenándoles que aniquilaran á todos los extranjeros residentes en el Imperio, sin distinción de personas, ni de religiones, ni comerciantes, ni cónsules; y que asimismo derribaran y quemaran todos los edificios. He aquí el texto del telegrama en lo esencial: «Que se *aniquilen* y *destruyan* á todos los extranjeros; misioneros, cristianos, cónsules, comerciantes, oficinas europeas, templos, etc., etc., sin excepción. Que no se reciba con los brazos cruzados este decreto y malogren nuestra idea.»

Yuen é Hy, que eran los directores del telégrafo, al leer este decreto exterminador, se quedaron estupefactos y hablaron de este modo:

(1) Dautremier, *Nikko passé et present*.

Hy.—¿Qué medio podremos encontrar para evitar la catástrofe?

Yuen cogiendo de pronto la pluma (el pincelillo) respondió:

—El negocio este no sufre demora.

Y escribiendo sobre un papel cambió los verbos *aniquilar* y *destruir* por estas palabras: *proteger con todas sus fuerzas*; cambiando todo el telegrama. (El chino en sus caracteres se presta mucho á estos cambios de sentido de la frase).

Hy al leer lo escrito dijo:

—De ese modo nuestras cabezas no están seguras.

Yuen respondió:

—¿Qué inconveniente hay en que nuestras vidas peligren, cuando se trata de salvar nuestro imperio, y de librar de la muerte á millares y millares de personas? Aunque muramos, nuestros deseos quedan satisfechos...

Convenidos en lo dicho transmitieron inmediatamente el telegrama-decreto á todos los virreyes y gobernadores, con lo cual evitaron el que la revolución explotara simultáneamente en toda la China, y se evitara también, como dijo el bueno de Yuen, la muerte de millares y millares de personas é infinitos atropellos.

Cuando el sanguinario Li-pin-heng, aquel bárbaro que en el camino de Pekín fué destruyendo y matando á los misioneros, cristianos é iglesias, se presentó en la corte, en una entrevista que tuvo con la Emperatriz y el príncipe Tuan, manifestóles la división que había entre los virreyes del Norte y del Sur, merced á la estratagema telegráfica de los dos buenos mandarines. Inmediatamente fueron éstos llamados á dar cuenta de la exactitud de las palabras de Li-pin-heng. Al punto se presentaron los *delincuentes* en palacio, y postrados ante la vieja y con las lágrimas en los ojos dijeron:

—Hemos hecho eso á fin de conservar el imperio y salvar la vida del pueblo. Sin embargo de que somos reos de muerte, pedimos que se perdone á nuestras familias.

Viendo el príncipe Tuan y Li-pin-heng que la Emperatriz no mostraba enojo, postrados ambos ante su majestad imperial exclamaron con ira:

—Que se les corte la cabeza.

Inmediatamente fueron ejecutados delante del mismo palacio.

¡De qué poca cosa dependió nuestra vida! Si en vez de esos dos humanitarios mandarines, hubiesen ocupado su sitio el príncipe Tuan ó el sanguinario Li-pin-heng, ó algún otro lobo de la misma camada, ¡cuántas lágrimas se derramarían á la hora presente!

Por la traducción: Fr. J. M., O. P.

BIBLIOGRAFÍA

Episodios de la Revolución Filipina, por el P. Joaquín D. Durán, agustino. Recuerdo de las grandes desgracias de la patria es el hermoso libro cuyo título encabeza estas líneas. Su lectura y meditación causan tristeza y son fecundas en saludables enseñanzas. Siendo obra de un misionero podría juzgarse parcial el juicio

de *Las Misiones Católicas*; nos limitaremos, pues, á copiar el hermoso artículo en que *El Noticiero de Manila* saluda la aparición del nuevo é interesante libro. Dice así:

Episodios de la Revolución Filipina.—Con este título hase publicado no hace muchos días, en esta capital, un libro de grandísimo interés histórico por su argumento, y digno por su forma de llevar en pos de sí el aplauso de los buenos escritores.

Su autor, el agustino P. Joaquín D. Durán, ha sabido armonizar perfectamente la aridez propia del asunto que trata, con un estilo vivo y palpitante que despierta el interés desde la primera página. Y es que lejos de ser el citado libro un novelón de entrega, propio de los tiempos del romanticismo extravagante y exagerado, ó centón informe de patrañas y consejos que tanto privaron en pasados siglos, por desgracia de la Historia, los *Episodios...* son un libro de indiscutible mérito que no dudamos en recomendar á nuestros lectores.

No trata el P. Joaquín de abogar por éste ó aquel partido, ni es su objeto el librar á ciertas entidades de la responsabilidad que pudiera alcanzarlas en los desastres acarreados á España por los sucesos del 98. Intimamente persuadido de que nunca podrá el historiador reflejar fielmente la opinión, si la pasión ó las preocupaciones de escuela dirigen su pluma, es tal la imparcialidad con que adorna su libro el P. Durán, que ni la aversión que le inspira el asunto, ha conseguido separarle un ápice de la más estricta justicia, ni los sufrimientos que se le propinaron en los dieciocho meses de cautiverio, pudieron arrancar de su pluma ni una frase rencorosa, ni una expresión que denote venganza y enañamiento. Y es que los sufrimientos que laceraron su corazón, lejos de empuñarse su alma con viles pasiones, agrandaron de un modo extraordinario su virtud, enseñándole no á maldecir á sus verdugos, sino á perdonarlos y rogar por ellos al Todopoderoso para que no tome en cuenta su pecado.

Así como entre el barro se ocultan á veces perlas de gran valor, y de entre la escoria saca el rebuscador diligente oro purísimo de elevados quilates, así también en la ciénaga de los hechos escandalosos y entre la escoria de los crímenes, ha encontrado la pluma experta del P. Durán algunas perlas de acciones nobles y oro purísimo de sentimientos elevados, que aunque pocos, no por eso dejan de ser dignos de nuestro aprecio y estimación. De ahí que al lado de las figuras de Llanera, del Pilar, José Santiago, Valentín Díaz, Gatmanan y Silvestre, aparecen también en el libro del referido agustino las notabilísimas figuras de Padilla, Cañón, Tecón y Macabulos, que forman con aquéllos un admirable contraste. Y es indudable que si estos honrados filipinos hubiesen abundado más entre los fautores de la Revolución, otros muy distintos hubieran sido sus frutos, y otra sería también la suerte de este país, que aún llora su desgracia, producida por la ambición é insensatez de unos cuantos mal aconsejados de sus hijos.

Si digno é imparcial se muestra el P. Durán al juzgar y calificar los hechos de la revolución, eslo también y mucho en el detenido examen que de la conducta más ó menos digna de los defensores de las plazas españolas, hace en su libro. Sin confundir nunca el oro con la escoria, ensalza siempre el heroísmo, vituperando la cobardía; á cada cosa reviste de su propio color, y á cada cual le llama por su propio nombre. Y así, si las figuras de Monet, Blázquez y Flandes, aparecen empuñadas, son en cambio de primera magnitud y aparecen en todo su esplendor las de los dignísimos Dujiols, Navas, Vara del Rey, Herrero, Génova y tantos otros jefes y oficiales que, con su valor y heroísmo, han demostrado que aún cuenta España con verdaderos hijos del Cid y de Pelayo.

Si el libro *Episodios* es muy digno de ser recomendado por su fondo, su forma elegante hace asimismo que el público lo reciba con entusiasmo.

Ni una imagen que no sea de buena ley, ni un pensamiento conceptuoso y alambicado, ni una palabra que el uso no justifique, nada, en fin, que no sea conforme á las reglas del buen decir, encontrará en el libro citado el lector más escrupuloso. Y es que, educado su autor en la escuela clásico-agustiniana, supo admirablemente evitar el defecto en que ordinariamente incurren los escritores noveles, plagando las obras de ininteligibles arcaísmos

y neologismos intolerables, que si bien demuestran en el autor el constante manejo del diccionario y la asidua lectura de ciertos escritores modernos, acúsanle en cambio de falta de buen gusto literario y de desconocimiento imperdonable del verdadero lenguaje y del legítimo clasicismo.

Dentro de su estilo sencillo, aunque animado y sostenido desde la primera hasta la última de sus páginas, encuéntrase en la obra del P. Durán, diseminados con verdadera profusión, vehementísimos párrafos que demuestran bien claramente las excelentes dotes que le adornan y el buen gusto literario que posee.

Si la brevedad que nos hemos impuesto y el corto espacio de que disponemos no nos lo impidieran, copiaríamos aquí párrafos que dieran á conocer claramente, la maestría é indubitable competencia del escritor agustino.

Las descripciones de las muertes de los PP. Tarrero, Patricio y Hermano lego Masip, son también finísimas filigranas de las muchas que existen en la obra del P. Joaquín.

Pero en lo que más se distingue y sobresale el autor de los *Episodios*, es á mi ver, en la acabada descripción que hace de los personajes que figuran en su historia. ¡Qué bien modelados y qué conformes con el original! Ni el menor detalle, ni una sola línea falta allí, sin que por eso puedan tampoco tacharse de recargadas sus tintas. Los tipos de Llanera, Díaz, Silvestre, con los de otros muchos personajes que aparecen en el citado libro, son acabadísimos, y revelan en su autor un estudio psicológico admirable.

Nos hemos impuesto brevedad, dijimos antes, y por tanto creemos oportuno terminar la reseña que del valor y mérito del libro del Padre agustino nos propusimos hacer al emborronar estas cuartillas, aunque no sin felicitarle antes calurosamente lo mismo que á su Orden, pues es indudable que con el autor de los *Episodios de la Revolución filipina*, la Corporación Agustiniana ha enriquecido notablemente el catálogo de sus afamados escritores y literatos.

F. CIAGRA.

Manila, 27 de Febrero de 1901.

—Hemos recibido una nueva estampa del Sagrado Corazón de Jesús. Es exacta reproducción del hermoso cuadro recién pintado por el Rdo. P. Francisco Morell, S. J. Muchas son las imágenes del Sagrado Corazón que en estos últimos años han trazado los pinceles de los más celebrados artistas, muchas y algunas notables por la piadosa expresión, por el sentimiento de amor más que humano que brota de la majestuosa figura, del lacerado Corazón inflamado de amor á los hombres y por ellos rodeado de espinas. Pero la del P. Morell bien puede figurar entre las que por su mérito artístico y especialmente por su sentimiento religioso se distinguen. Extendidos los brazos, recogido en el cíngulo el extremo del manto dejando descubierto el Corazón símbolo del amor divino, riellando sus ojos paz y caridad y entreabiertos los labios cual invitando á los hombres á retroceder, á abandonar el loco camino emprendido que conduce á la desesperación y á la muerte, avanza majestuoso sobre el mundo donde quiere reinar para salvarlo. La recomendamos á cuantos en el próximo mes al Sagrado Corazón especialmente dedicado, quieran honrarle, pues es por lo económico de su precio (3 pesetas el ciento) muy á propósito para ser distribuida en Comuniones generales, novenas, etc.—C.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona..	7	pts.
Luis Salvadó, de Cassà de la Selva..	5	»
Pedro I. Alcorta, de Elgoibar..	7'50	»
Francisco Aguirre, de Irún.	5	»

Para bautismo de niños chinos abandonados

Una señorita piadosa, de Barcelona.	25	»
---	----	---

Enrique Sienkiewicz

BARTEK EL VICTORIOSO

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

CAPÍTULO CUARTO

EN el combate general de Gravelotte, Bartek aprendió que en una batalla es posible recibir orden de permanecer arma en brazo.

Al empezar la lucha, su regimiento fué situado al pie de una colina cubierta de viña. Oíase lejano rugir el cañón. Los escuadrones de caballería pasaban haciendo temblar la tierra. De súbito en la cima de la colina viéronse brillar corazas: las granadas cruzaban, silbando, el cielo azul, y al estallar levantaban nubes de polvo que cubrían el horizonte. La batalla se trocaba en tempestad.

Al breve rato, y efecto de maravilloso movimiento de tropas, el regimiento de Bartek quedó rodeado. Eran otros regimientos que acudían á tomar posiciones. Los soldados llenaban el valle. Las órdenes sucedíanse sin interrupción; corrían los ayudantes. Los hombres cuchicheaban entre sí:

—¡Ah! de ésta no escapamos. ¿Qué será lo que va á empezar?

El rugir del cañón se acerca; y se oyen las descargas de la fusilería y el traqueteo de las ametralladoras.

Momentos después el cañón truena tan cerca que la tierra tiembla. Luego por sobre el regimiento se escucha un silbido, y algo que cruza el aire. Los hombres gritan: «¡Granadas! ¡granadas!» Las bombas se acercan, caen y estallan. Oyense gritos, y en las filas se produce algún desorden.

Al toque de: ¡Atención! Bartek quedó el primero en primera fila, fusil al hombro y despechugado. No temblaba. Delante de las balas está prohibido temblar.

—¡Atención!...

Cae otra granada, la segunda; después otra y otra... Los franceses habían hecho

retroceder las baterías prusianas emplazadas en la colina: en el mismo lugar colocaron las suyas, y desde allí la artillería vomitaba metralla contra el valle.

Protegida por los cañones de lo alto de la colina, la infantería francesa baja para iniciar el fuego de fusil. El viento deshace el humo y se la distingue claramente.

Efecto del color rojo de los uniformes de la infantería, la viña parecía un campo de amapolas. De repente los soldados desaparecen entre las vides. Avanzan ocultos, y sólo de vez en cuando vese una bandera tricolor que flotaba suelta al viento.

Empieza el tiroteo vivo, febril, irregular y cambiando de sitio á cada momento. Por encima de este fuego las granadas cruzan el espacio. En el valle los cañones alemanes contestan incansables. El regimiento inmóvil observa admirado.

El círculo de fuego se estrecha, le rodea. Las balas silban al rededor de las cabezas, rozando los hombros, la nariz, las orejas. Millares de balas suceden á otros millares. Milagro era que los soldados viviesen. A sus espaldas Bartek escucha gritos y lamentos.

—¡Jesús! ¡Misericordia!

Sin interrupción sucedense las órdenes. Multiplicanse los silbidos y se estrechan las filas. Horrible espectáculo. Los muertos son pisoteados. La justicia de Dios cae sobre los hombres.

—¿Temes? pregunta Voitek.

—¿Por qué no? responde nuestro héroe apretando los dientes.

Y ambos firmes. Ni siquiera les ocurrió la idea de que podían huir: les mandaron no moverse y no se mueven.

Bartek, sin embargo, no estaba tan asustado cual lo estarían otros muchos que en su lugar se hallaran. La disciplina le obligaba á ser valeroso. El silbar de las balas y el ru-

gir de los cañones apagaban los gritos de moribundos y heridos.

Siguiendo entre las viñas la marcha de las banderas, vese que la infantería avanza y se acerca... La metralla diezma las filas y la desesperación empieza á apoderarse de todos.

Y con la desesperación aumenta la rabia de los soldados. Si les mandaran avanzar, avanzarían cual huracán furioso, pues era imposible seguir inactivos.

¿No es horrendo presenciar la destrucción de un regimiento sin poder disparar una bala?

Los soldados de los regimientos vecinos huyen desordenadamente, pero los hombres de Poguembín, de Kryvda y de Mizerov, educados por la férrea disciplina prusiana, siguen firmes...

Un momento más, y la disciplina pierde su poder. Algunas filas ya no se cierran: montones de cadáveres las dividen. La mitad de la fuerza ha muerto ó se retuerce víctima de padecimientos atroces. De las filas se levantan siniestros murmullos:

—¡Nos mandaron aquí para asesinarlos!

—¡No escapará uno vivo!

—¡Ah! ¡valor! ¡vosotros, los polacos! grita un oficial.

—Fácil es aconsejarlo, tú que te encuentras detrás.

—*Steht der Kerl da!*

Y comenzaron á rezar:

—Acordaos, piadosísima Virgen María...

Bartek prosiguió:

—...Que jamás se ha oído decir que...

Un grupo de polacos invoca á la Patrona de Cheustohava:

—¡Señora! no desprecies nuestras súplicas!

Y tendidos en tierra los moribundos, exclaman:

—¡María! ¡María!

Diríase que el oficial esperaba este instante para gritar:

—¡Vosotros, los polacos! ¡Al ataque! ¡valor! ¡Y adelante!

Bajan los fusiles: los soldados avanzan en filas y se lanzan al asalto de la colina, buscando con la bayoneta el enemigo que los ojos no aciertan á descubrir.

Doscientos metros los separan de la montaña. Sufriendo mortífero fuego deben salvarlos.

¿Se harán matar? ¿Avanzarán? El jefe prusiano sabe el medio de que debe valerse

para que sus hombres carguen á todo trance.

Y entre las detonaciones y el silbar de las balas y el humo y la confusión, y el tocar á la *carga* de tambores y trompetas, la música rompe el himno nacional polaco, la sangre hierve en las venas de los soldados, su corazón palpita y entonan el canto patriótico:

Polonia jamás fué vencida: ¡victoria! ¡victoria!

Henchidos de entusiasmo y ardientes los ojos, pasan cual torbellino, pisoteando muertos, caballos, ruinas. Perecerán, pero se defienden... y cantan.

Llegan al pie de la colina y desaparecen entre las viñas.

En la colina el fuego aumenta y brillan las bayonetas. Las trompetas suenan y los tambores redoblan incansables. Las descargas de los franceses son más frecuentes y prolongadas.

En el valle el general Steinmetz, veterano viejo, sonríe satisfecho. Enciende la pipa de porcelana...

—Si estos valientes no ceden, ganarán la batalla.

En efecto, veíase una bandera tricolor; es cogida, luego victoriosamente agitada y por fin desaparece.

—¡Luchan con ardor! grita Steinmetz.

La música siempre tocando. Otro regimiento polaco corre á socorrer al primero.

En las viñas cargan á la bayoneta con heroico encarnizamiento.

—¡Bartek! tu nombre será inmortal.

En su ánimo, al terror, á la impaciencia y á la desesperación había sucedido rabia insensata. Cuando oyó las notas del himno de su nación, sus nervios trocáronse en acero. Se le erizaron los cabellos y sus ojos lanzaron chispas. No se acordó de nada ni de nadie y apretando el fusil con ambas manos corrió como corrían los demás. Cayó dos ó tres veces. La sangre de su rostro mezclóse con la tierra y el polvo. ¿Qué importa? Corría el primero, los ojos fijos, la boca abierta. Deseaba matar franceses.

Vió tres que guardaban una bandera. Eran turcos. ¿Imagináis que Bartek retrocede? ¡No! hubiera cogido hasta al diablo por los cuernos. Se arroja contra los tres hombres. Dos bayonetas rozan su pecho, pero Bartek coge el fusil por el cañón, y descri-

biendo terrible molinete deja sin vida á los dos que le atacan.

Diez camaradas corren á socorrer al tercero de los que defendían la bandera. Bartek, loco de cólera, les espera á pie firme. Llegan. Entre el humo de la pólvora se oye á Bartek que grita:

—¡Me engañasteis!

Y cogiendo otra vez el fusil por el extremo del cañón, describe nuevo molinete horrible, y deja sin vida al tercer adversario. Se oyen dolorosos gemidos, y temerosos de los mortales golpes que reparte aquel prodigioso gigantón, los restantes huyen á todo correr, gritando en árabe algo que Bartek no comprende. Sin embargo, imagínase que pronuncian el nombre de Magda.

—¡Ah! ¡buscáis á Magda! ruge Bartek, y dando un salto tremendo cae entre sus enemigos.

Afortunadamente en aquel instante llegan los polacos. Principia un combate cuerpo á cuerpo. Confundidos con el chocar de las bayonetas, se oye el gemir y el anhelante respirar de los heridos. Cubierto de sangre, de humo y de tierra, Bartek furioso parece una bestia salvaje. De un golpe mata dos hombres, les rompe los fusiles y les corta la cabeza. Sus manos se agitan cual poderosa máquina destructora.

Cae sobre un abanderado, lo coge por el cuello, que estrecha con tal fuerza que los ojos del militar saltan de las órbitas y anodado suelta la bandera. Bartek la coge gritando: «¡Victoria! ¡Victoria!» la levanta y la agita orgulloso.

El general Steinmetz, que desde la falda de la colina seguía las peripecias de la presa del nuevo trofeo, lo ve agitarse breve tiempo: Bartek lo emplea para cubrir hasta ahogarle, la cabeza de un francés que lucía un kepis adornado de numerosos galones. Y acaba por arrancar la bandera, atarla cual banda al rededor de su pecho, y sin abandonar el asta, corre á reunirse con sus camaradas...

Los turcos avanzan cual furiosa avalancha hacia la cima de la colina para ver de salvar su artillería, pero los saluda una lluvia de balas. Los zuavos marchan los primeros, y cargando brillantemente á la bayoneta, reciben al regimiento que contra ellos avanza. Pero Bartek, siempre el primero, no se cansa de gritar con todas sus fuerzas:



Y cogiendo otra vez el fusil por el extremo del cañón, describe nuevo molinete horrible...

«¡Victoria! ¡Victoria!» Y los polacos todos, cual un solo hombre, corren á la conquista de los cañones. Comienza nueva lucha cuerpo á cuerpo.

En este instante el segundo regimiento de Poguembín llega para socorrer al primero. En las prepotentes manos de Bartek el asta de la bandera parecía mortífera guadaña. Cada golpe causa una baja en las cerradas filas francesas. El terror se apodera de zuavos y turcos, y huyen á la proximidad de Bartek. Es el primero que logra sentarse sobre un cañón.

Apenas sus camaradas tuvieron tiempo de admirarlo cuando salta sobre otro cañón, matando un tercer abanderado.

—¡Viva Bartek! gritan los soldados.

La victoria es completa. Han cogido todas las ametralladoras.

Al llegar por el flanco de la colina un

nuevo regimiento prusiano, la infantería francesa cedió.

Bartek había cogido tres banderas. Hermoso era verle bajar la colina, rodeado de sus camaradas, cubierto de sangre y de lodo, radiante de salvaje alegría, sueltas al viento las tres banderas.

—¿Qué me dijiste, Voitek? Si los franceses no tienen sangre en las venas ni fuerza en los músculos. Agarrábanme cual si fueran gatos y nada más. Sacudía uno y rodaba por tierra.

—¿Quién imaginara que fueses tan terrible? contestóle Voitek, que empezaba á mirar con respeto á su camarada.

También los oficiales lo habían admirado. En la actualidad contemplaban su elevada estatura, el largo y blondo bigote, y sus ojos siempre fijos, inmóviles y desmesuradamente abiertos.

—*Ach! Sie verfluchter polake!* le dijo el comandante, tirándole familiarmente de la oreja.

(¡Eres tú, maldito polaco!) y Bartek sonreía henchido de satisfacción.

Cuando el regimiento hubo formado al pie de la colina, el comandante presentó Bartek al coronel, quien á su vez lo presentó al general Steinmetz.

El general vió las banderas, mandóle levantarlas y revistó á Bartek.

Bartek derecho, inmóvil, presentaba armas. El viejo general movía la cabeza visiblemente satisfecho. Habló en voz baja al coronel. Repetidas veces se les oyó pronunciar la palabra «teniente.»

—Pero, es un infeliz, mi general; respondía el coronel.

—Veámoslo, dijo el general, y haciendo avanzar al caballo se acercó á Bartek.

Bartek era incapaz de comprender el honor que le dispensaban: en el ejército prusiano jamás se vió un general hablando á un simple soldado. Sin embargo, conviene no olvidar que Bartek había cogido tres banderas y dos cañones.

—¿De dónde eres? le preguntó el general.

—De Poguembín, contestóle Bartek.

—¡Bien! ¿Cómo te llamas?

—Bartek Slovik.

—¿Sabes por que combates á los franceses?

—Lo sé, mi general.

—¡Dimelo!

Bartek empezó á temblar...

—Por... por... por que...

De súbito recuerda las palabras de Voitek, y las repite en alta voz cual si temiera olvidarlas.

—Porque estos miserables son alemanes y peores que alemanes.

El rostro del general se contrajo cual si fuese á soltar sonora carcajada. Conteniéndose dijo al mayor:

—Tenía V. razón.

Bartek, orgulloso de sí mismo, seguía inmóvil.

—¿Quién ha ganado la batalla? preguntó el general.

—Yo, mi general, contestó Bartek sin titubear.

El general sonrió.

—¡Es verdad! ¡es verdad! y ahí va la recompensa.

El anciano general tomó la cruz que en su pecho lucía, é inclinándose la prendió en el de Bartek.

El buen humor del general leíase también en los rostros del coronel, de los mayores, de los capitanes, de los cabos...

Partió el general, y el coronel regaló diez thalers á Bartek, el mayor cinco y así sucesivamente. Todos le sonreían, repitiéndole que él había ganado la batalla. Bartek sentíase arrebatado al séptimo cielo.

Voitek era el único que no estaba totalmente satisfecho de nuestro héroe.

Cuando al caer la tarde se encontraron, Voitek le dijo:

—¡Bartek, eres un infeliz! ¡un infeliz!

—¿Por qué? preguntó Bartek.

—Porque dijiste al general que los franceses son alemanes.

—¡Si tú me lo habías dicho!

—Pero ya sabes que el general y los oficiales son alemanes.

—Bien ¿y qué?

—Que siendo alemanes, no debías decir cuanto dijiste: ¡has hecho una solemne tontería!

—Al decirlo me referí á los franceses y no á los oficiales.

Voitek calló. Su deseo era explicar á Bartek que en presencia de los alemanes no debía hablar mal de ellos, pero convencido de la imposibilidad de hacérselo comprender, resolvió callarse.

NUEVAS Y ARTÍSTICAS ESTAMPAS
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Impresas en papel mate y orladas con filete dorado, propias para ser distribuidas en las próximas funciones del mes de Junio.

Se han impreso en distintos tamaños. Unas de 11 x 18 centímetros y otras de 7 x 14, formando estas últimas una hojita de cuatro páginas y conteniendo las promesas del Sagrado Corazón.

Ambas se venden á 3 ptas ciento y 25 el millar. En paquete certificado, 25 céntimos más.

Rogamos que al hacer el pedido se indique claramente qué tamaño se desea.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

CONSIDERACIONES TEOLÓGICAS Y ESPIRITUALES
SOBRE LAS GRANDEZAS DE JESUCRISTO

por el P. Ruperto M.^a de Manresa, O. M. C. Traducción y refundición de la obra que con el título de *Conferencias* escribió el P. Luis Francisco de Argentan, de la misma Orden.—Dos voluminosos tomos en 4.^o pequeño, que juntos tienen más de 1,300 páginas, con buen papel y esmerada impresión. Se venden á 12 pesetas en rústica, y 14 en pasta. Por correo y en paquete certificado, 25 céntimos más.

INSTRUCCIÓN Y DEVOTOS EJERCICIOS

PARA GANAR LA INDULGENCIA DEL SANTO JUBILEO conforme á las prescripciones del Sumo Pontífice, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—A 10 cént. ejemplar. Tomando diez se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á don Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores: Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

MÁQUINAS PARA COSER

Y HACER CALCETA.—MARCA ESTRELLA

AL DETALLE, HOSPITAL, 110, BARCELONA

POR MAYOR, TALLERES EN BADALONA

Colección completa de **LAS MISIONES CATÓLICAS**.—Los ocho tomos publicados forman un total de cerca de 4,000 páginas, en folio, y 1,200 grabados y véndense al ínfimo precio de 63 PESETAS.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

Se ha repartido á los señores suscriptores el **QUINTO CUADERNO** del

AÑO SACRO

ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

Contiene: Semana Santa.—Pascua de Resurrección.—Octavario á Cristo resucitado.—La Primera Comunión.

Numerosos grabados intercalados al texto y una lámina suelta, hermosa reproducción del celebrado cuadro de la moderna escuela alemana: *Et hinc dicem expiravit*.

El precio de subscripción á toda la obra es de **siete pesetas**. El que se subscriba y pague por adelantado diez ejemplares, recibe dos gratis, ó sean doce ejemplares en cada reparto. Puede también hacerse la subscripción **en dos pagas, ó sea 3'50 ptas. para el primer tomo, y las otras 3'50 restantes al empezar la publicación del segundo tomo**.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa de los señores Corresponsales de la misma.

NOTA.—El precio de la obra terminada la impresión será para los no suscriptores **8 pesetas**.

Prospectos gratis á quien los pida.

OBRAS, OPÚSCULOS Y HOJITAS
DE DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

El alma religiosa en la escuela del Corazón de Jesús, ó sea *Mes de Junio* para las personas consagradas á Dios.—1 pta. en tela.

El devoto del Sacratísimo Corazón de Jesús, por el P. Longinos Navás, S. J.—En 16.^o, 30 cént. en rústica, y 75 en tela.

Conocimiento y amor de Jesucristo (Del). Libro de oro en el que se da exprimida la esencia de muchos volúmenes.—En 16.^o, 1'50 pesetas en p. el.

Corazón educado (El) en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, por D. Serafín Casas Abad.—En 16.^o, 25 cént. en rústica, y 50 en tela.

Corazón de Jesús predicado (El). Sermones sobre su devoción, por D. Francisco Cuesta E-pino, Pbro.—En 4.^o, 2 ptas. en rústica, y 3 en pasta.

Devoción (De la) al Sagrado Corazón de Jesús y de sus excelencias, por el P. Segundo Franco.—En 8.^o, 1 pta. en rústica, y 1'75 en pasta.

Mes (Un) en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, seguido de un Triduo Novena y Primer Viernes, por D. Enrique de Ossó, presbítero.—En 16.^o, 1'50 ptas. en piel.

Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, acomodado á toda clase de personas, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—En 16.^o, 38 cént. en rústica, y 75 en tela. Edición fina, 75 céntimos en rústica, y 1'75 ptas. en percalina y ca to dorado. Otra edición en catalán, 38 cént. en rústica, y 75 en tela.

Mes de Junio (El) consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Segundo Franco.—En 16.^o, mayor, 1 pta. en rústica y 1'50 en piel.

Oficios del Sagrado Corazón. En nueve tarjetones de cartolina se explican los oficios del Sagrado Corazón.—25 cént. colección.

Presencia real (La) de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, por Mons. Segur.—En 8.^o, 45 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.

Promesas de Nuestro Señor Jesucristo á la Beata Margarita Maria de Alacoque. Hermoso opúsculo adornado con un bonito grabado á dos tintas, 10 céntimos ejemplar.

Paraíso (Del).—Tratado del Padre Segundo Franco, S. J. Ver lón española del Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—En 8.^o, 1'50 pesetas en rústica, y 2 en tela y plancha dorada.

El Sagrado Corazón. Opúsculo núm. 78 de la *Biblioteca ligera*, por D. Félix Sardá y Salvany.—6 cént. uno; 50 cént. docena; 4 ptas. ciento; 18'75, quinientos, y 35, mil.

Sagrado Corazón de Jesús (El), por Mons. Segur. Tratado popular del culto del Sagrado Corazón de Jesús.—En 8.^o, 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en percalina.

Nuevas flores de Junio. Impregnadas de unción divina, son propias para distribuir todos los días de dicho mes en las funciones del Sagrado Corazón de Jesús. Estas hojas las forman 32 hojitas con un grabadito cada una.—10 cént. hoja suelta; 25 hojas, 2 ptas.; 50 id. 3 ptas.; y 100 id., 5 ptas.

HOJITAS RELIGIOSAS.

De esta colección, que hoy consta de 164 títulos diferentes, son propias para las festividades del Sagrado Corazón de Jesús y de la Sagrada Eucaristía las siguientes: Núm. 2. Quince minutos en Com-

pañía de Jesús Sacramentado.—Núm. 8. Método para asistir á la Santa Misa.—Núm. 18. Tengo sed.—Núm. 33. Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 35. Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 39. Amor y reparación.—Núm. 40. Acto de consagración al Divino Corazón de Jesús, por la Beata Margarita de Alacoque.—Núm. 41. Tesoro espiritual de los devotos del Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 48. El amor de los amores.—Núm. 49. El Corazón de Jesús agonizante.—Núm. 55. El sacrificio continuo.—Núm. 56. Las promesas del Sagrado Corazón.—Núm. 77. Pacto con el Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 81. Sus delicadezas y nuestras gro-erías.—Núm. 83. El primer viernes de cada mes.—Núm. 96. Una queja del Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 106. Actos ante el Santísimo Sacramento.—Núm. 107. Abriendo al mejor amigo.—Núm. 109. Oración al Sagrado Corazón de Jesús por la conversión de los masones, de los liberales y de todos los enemigos de la Iglesia.—Núm. 117. Novena en honor del Ven. P. Bernardo Francés de Hoyos, S. J.—Núm. 121. Desahogos del alma con el Corazón de Jesús.—Núm. 122. ¡Al Sagrado Corazón!—Núm. 133. ¡Unión oh Sagrado Corazón!—Núm. 145. El Sagrado Corazón y los agonizantes.—Núm. 146. ¿Quién es, qué hace, qué quiere este prisionero de amor?—Núm. 150. Gozos al Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 151. Obras eucarísticas al alcance de todo el mundo.—Núm. 156. El Santísimo Viático. (Todas con grabado, excepto el núm. 81).

Precio: 1'25 ptas. el ciento de cada número, y 10 el millar. Para los pedidos basta indicar el número de cada hojita.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

MÁQUINAS PARA COSER Y HACER MEDIAS.

LOS MEJORES SISTEMAS CONOCIDOS.

Vende á plazos.

DA TRABAJO TODO EL AÑO.

Cambia, compone y enseña gratis á domicilio.

SALVADOR TORRAS, calle de Sta. Ana, 2, pral. (esquina Rambla)

Se hacen y componen medias y calcetines. Colores sólidos